

36

ROMA

EL PUEBLO ETRUSCO



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

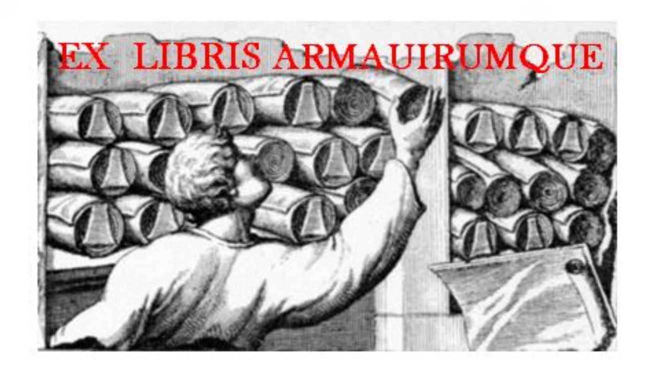
14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Jiménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ROMA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid)

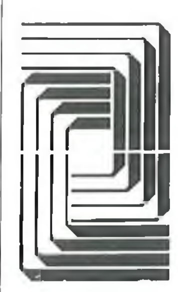
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M. 38.563-89
ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-484-2 (Tomo XXXVI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EL PUEBLO ETRUSCO

Jorge Martínez-Pinna



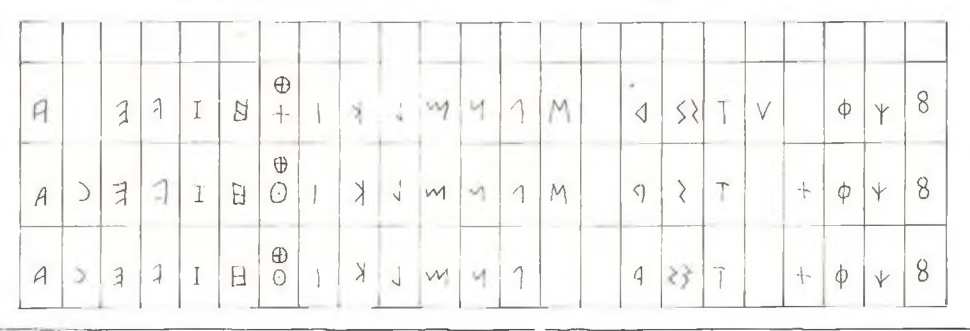
Indice

I. Introducción

El pueblo etrusco era aquél que en la antigüedad habitaba la Etruria histórica, es decir aquella región de la península Itálica comprendida entre los ríos Tíber y Arno y el mar Tirreno. Este pueblo interpretó un papel histórico de reconocida importancia, ya que fue la primera nación itálica que materializó notables logros culturales, como el fenómeno de la urbanización y la utilización de la escritura, siendo por ello también la primera en abandonar la penumbra de los tiempos pre- y protohistóricos y entrar en la historia. Todos estos avances fueron en gran medida fruto de la beneficiosa influencia de los griegos, instalados firmemente desde mediados del siglo VIII a.C. en el sur de la península: pero luego los etruscos se encargaron a su vez de extenderlos por otras regiones, beneficiando con su estímulo a otros pueblos itálicos: Roma fue sin duda alguna el alumno más aventajado del magisterio etrusco.

Sin embargo el pueblo etrusco no se limitó exclusivamente a esta función de receptor y a continuación transmisor de nuevos elementos culturales, sino que también y en mayor grado era portador de una cultura propia, cuyas características no dejaron de sorprender en muchos casos a griegos y a romanos. De esta manera fue surgiendo poco a poco la denominada «cuestión etrusca», proporcionando a este pueblo una aureola de misterio que, alimentada por la imaginación de los humanistas del Renacimiento y de los eruditos de la «etruscheria» de la Ilustración, todavía vive muy arraigada en la mentalidad popular e incluso en algunos ambientes cultos. Aunque esta idea no responda ni mucho menos a la realidad, ciertamente hay que reconocer que razones no le faltan, siendo la causa fundamental el hecho de que el investigador no pueda aún ofrecer un cuadro comple-

Diferentes modelos de alfabetos etruscos
(según M. Cristofani).



to y exhaustivo de la civilización etrusca.

La razón de esta última situación hay que buscarla en las características de la documentación disponible. A partir del año 700 a.C. aproximadamente, los etruscos consiguen el conocimiento de la escritura, siendo precisamente los calcidios de Cumas, primeros colonos griegos de Italia, quienes les proporcionaron el alfabeto modelo, el cual fue adaptado a las necesidades fonéticas etruscas, surgiendo diversos tipos según las regiones. Por ello las inscripciones etruscas se leen sin apenas dificultades, puesto que la escritura utilizada en definitiva es griega. Sin embargo, la lengua, es prácticamente desconocida, ya que no es indoeuropea y tampoco está emparentada con ninguna otra de la antigüedad, de manera que el único método válido para intentar profundizar en el conocimiento de la lengua etrusca se limita y agota en sus propios testimonios. Además este hecho se complica por las propias particularidades de las inscripciones etruscas a nuestra disposición, pues aunque no son escasas en número, su contenido es extraordinariamente parco y monótono, ya que salvo contadas excepciones, se limitan a las áreas funeraria y votiva, con un lenguaje circunscrito a fórmulas repetidas y con un repertorio lexical ciertamente escaso, sin apenas posibilidades para penetrar en la estructura interna de la lengua. Como dice el gran etruscólogo M. Pallottino, «bajo estas condiciones debemos confesar que aunque existiese la posibilidad técnica de traducir íntegramente, palabra por palabra, todos los textos disponibles, la consistencia del léxico etrusco y muchos aspectos de la misma estructura de la lengua permanecerían igualmente desconocidos». Sin embargo, a pesar de la exigüidad de las aportaciones de la epigrafía etrusca, de que nos dificulte el acceso a importantes aspectos de esta civilización, no debemos despreciar el gran valor histórico que contienen tales documentos, sino más bien por el contrario apreciarlos en su justa medida, con la esperanza de que los hallazgos que continuamente se producen puedan proporcionar nueva luz que permita avanzar sobre bases más seguras.

La mayor calamidad para el etruscólogo es quizás la pérdida prácticamente completa de la literatura etrusca. Al contrario de los autores griegos y latinos, cuya obra sobrevivió por estar escritas en lenguas conocidas, la literatura etrusca dejó de tener interés cuando esta civilización tocó a su fin, en el momento en que la lengua etrusca cayó en desuso y era conocida tan sólo por algunos eruditos. No obstante, una parte mínima de la tradición literaria etrusca consiguió zafarse del olvido, aunque siempre en forma muy fragmentaria, a través de la obra de escritores latinos y griegos que tuvieron acceso a la misma gracias sobre todo a los esfuerzos de traducción llevados a cabo en el siglo I a.C., que permitieron verter al latín importantes tratados etruscos, fundamentalmente de carácter religioso.

Así pues, perdida la producción literaria e imposible de utilizar en toda su amplitud la documentación epigráfica, restan como fuentes principales para el estudio de la civilización etrusca los restos arqueológicos y los testimonios que sobre este pueblo nos dejaron los autores griegos y latinos. Pero estas fuentes tampoco están al margen de una situación problemática. Las fuentes literarias pueden catalogarse en dos grupos: por un lado tenemos los mencionados restos de la propia literatura etrusca, y por otro, aquellas noticias sobre los etruscos que incluían en sus obras los escritores clásicos cuando la situación lo requería. Uno y otro son sin embargo extraordinariamente parciales, ya que el primero queda prácticamente relegado al ámbito de la religión, mientras que el segundo o bien se limita

a menciones marginales a propósito de algún episodio de la historia de Roma, o bien viene a ser una interpretación romana en la cual no están ausentes ciertos prejuicios tendenciosos sobre unos hechos etruscos cuyo significado se desconocía.

La arqueología aparece por tanto como la fuente fundamental para el etruscólogo. La arqueología etrusca es excepcionalmente rica y nos proporciona no sólo el testimonio mudo de la cultura material, sino que además haciendo las preguntas idóneas a tales testigos, nos introduce asimismo en el entramado social, económico e ideológico del cual fueron producto. No obstante hay que estar atento a las dificultades y limitaciones que también presenta este tipo de documentación, pues sin la posibilidad de contraste con cualquier otro testimonio, la arqueología tomada por sí sola puede ser maestra de errores. En la actualidad se asiste en mi opinión a un optimismo excesivo sobre las enormes posibilidades de información que ofrece la arqueología, de manera que los resultados obtenidos no llegan a ser finalmente tan satisfactorios como en principio se preveían.

En resumen, puede decirse, que en el momento presente los estudios etruscológicos se caracterizan todavía por su extraordinaria movilidad. Ciertamente se han conseguido ya resultados que casi pueden considerarse como definitivos, desterrando conceptos y opiniones erróneas y encauzando por buen camino el estudio sobre importantes aspectos de la historia etrusca. Sin embargo, esto no debe hacernos olvidar las enormes lagunas que todavía existen en nuestros conocimientos, lagunas que en numerosas ocasiones afectan a puntos fundamentales de esta civilización, por ejemplo las instituciones políticas de sus ciudades o la estructura social, según tendremos ocasión de ver más adelante, problemas para los cuales todavía no se ha encontrado un planteamiento totalmente acertado.



Escena de caza. (Tumba de la Caza y la Pesca. Tarquinia)

II. La cuestión de los orígenes del pueblo etrusco

Precisamente uno de los problemas que más ha llamado la atención sobre los etruscos ha sido el de sus orígenes, quizás la manifestación más sobresaliente de esa aureola de misterio que rodea, ya desde la Antigüedad, todo aquello relacionado con este pueblo. Aunque está ya en gran medida superada, veamos no obstante brevemente los diferentes planteamientos que ha tenido esta cuestión.

El origen del pueblo etrusco, al igual que el de otros muchos de la Antigüedad, fue definido por vez primera por los griegos, quienes siempre atribuían la fundación de una ciudad a un héroe y el origen de un pueblo a una migración conducida por un mítico guía o *archegétes*, existiendo al respecto una vastísima literatura de la cual se hizo eco el historiador griego Polibio en el siglo II a.C. (Polibio, IX.2.1.). Los etruscos no escaparon a esta generalización y su origen fue situado en el Egeo: según Heródoto (I.94), habiéndose declarado una grave y larguísima carestía en Lidia, se decidió que parte de la población abandonaría la región y conducida por Tirreno, hijo del rey lidio Atis, iría en busca de una nueva patria; al cabo del tiempo llegaron a establecerse en Italia, donde fundaron ciudades y adoptaron el nombre de tirrenos derivado del de su conductor. Por su parte, Helánico de Lesbos (en Dionisio, I.28.3) dice que los tirrenos eran pelasgos, misterioso pueblo del Egeo, quienes tras mucho vagar, llegaron a Italia y «colonizaron el país llamado ahora Tirrenia». Finalmente Antíclides (en Estrabón, V.2.4) asegura que los pelasgos, después de colonizar Lemnos e Imbros, dos islas del Egeo, se unieron a la expedición de Tirreno hacia Italia. Pero además de encuadrarse en este contexto a nivel general como nación, también algunas ciudades etruscas en particular elevaban su origen a un ambiente similar, y así Caere se decía fundada por los pelasgos y Cortona tenía en Dárdano su héroe fundador.

Como puede observarse, el origen oriental de los etruscos era un lugar común en la literatura antigua, hasta tal punto que el poeta Virgilio, de antepasados etruscos, utiliza indistintamente los términos lidio y etrusco para designar al mismo pueblo. La única excepción a esta regla general la encontramos en Dionisio de Halicarnaso, historiador de época de Augusto, quien tras discutir las opiniones anteriores, concluye afirmando la autoctonía del pueblo etrusco, ya que ni su lengua ni sus costumbres en-

cuentran paralelos entre los lidios y pelasgos, y que su nombre no es el de tirreno sino *rasenna*, como ellos mismos se denominaban (Dionisio, I.25-30). A Dionisio hay que considerarle entonces como el creador de la «cuestión etrusca».

Las tesis de los historiadores modernos

En época moderna el problema ha resurgido primero a partir de los datos de la tradición antigua, y a continuación replanteándose sobre nuevas bases gracias a los avances logrados en los terrenos arqueológico y epigráfico. Sobre esta cuestión se han enunciado numerosas teorías, que pueden sintetizarse en tres sistemas fundamentales que hacen hincapié respectivamente en la procedencia oriental, en un origen septentrional y finalmente en la autoctonía.

La teoría que defiende un origen oriental de los etruscos es sin duda la que ha sido aceptada más universalmente. Los partidarios de la misma (A. Piganiol, R. Bloch) centran sus argumentos fundamentalmente en los siguientes puntos: coincidencia entre las noticias literarias y la cultura de espíritu orientalizante que inundó

Origen de los Etruscos

En el reinado de Atis, hijo de Manes, se experimentó en toda Lidia una gran carestía, que soportaron durante algún tiempo con mucho esfuerzo; pero viendo que no cesaba la calamidad, buscaron remedios y descubrieron varios entretenimientos: entonces se inventaron, los dados, las tabas, la pelota y todos los otros juegos menos el ajedrez, pues la invención de este último no se la apropian los lidios. Como estos juegos los inventaron para entretener el hambre, pasaban un día entero jugando, a fin de no pensar en comer, y al día siguiente se alimentaban, viviendo de esta manera hasta dieciocho años. Pero como el mal no cedía, sino que se agravaba más y más, el rey determinó dividir en dos partes a todo el pueblo y echar suertes para saber cuál de ellas se quedaría en el país y cuál saldría fuera. El mismo se puso al frente de los que se quedaban y nombró jefe de los que debían emigrar a su hijo, que llevaba el nombre de Tirseno. Estos últimos bajaron a Esmirna, construyeron allí sus naves y embarcando en ellas sus alhajas y muebles transportables, navegaron en busca de sustento y morada, hasta que pasando por varios países llegaron al de los umbros, donde fundaron sus ciudades en las cuales habitaron después. Allí los lidios abandonaron su antiguo nombre y tomaron otro derivado del que tenía su conductor, llamándose en consecuencia tirsenos.

Heródoto, I.94

Antíclides asegura que [los pelasgos] fundaron los primeros establecimientos de Lemnos e Imbros y que incluso algunos de ellos habían participado junto a Tirseno, hijo de Atis, en la expedición a Italia.

(Antíclides, en Estrabón, V.2.4)

Durante su reinado los pelasgos fueron expulsados de su país por los griegos, y habiendo dejado sus barcos en el río Spina, en el golfo Jónico, tomaron Crotona, una ciudad del interior; a partir de aquí, colonizaron el territorio llamado ahora Tirrenia.

(Helánico de Lesbos, en Dionisio, I.28.3)

«Por todo ello, creo que los pelasgos son un pueblo diferente de los tirrenos. Tampoco creo que los tirrenos fuesen una colonia de los lidios, pues no hablan la misma lengua y no puede alegarse que conserven algunas otras características de su metrópoli. No adoran a los mismos dioses que los lidios y no poseen similares leyes o instituciones, sino que en muchos aspectos difieren más de los lidios que de los pelasgos. Finalmente, es muy probable que aquellos estén cerca de la verdad cuando declaran que este pueblo no emigró de ninguna parte, como que era indígena en el país, pues es un pueblo muy antiguo que no coincide con ningún otro ni en su lengua ni en sus costumbres».

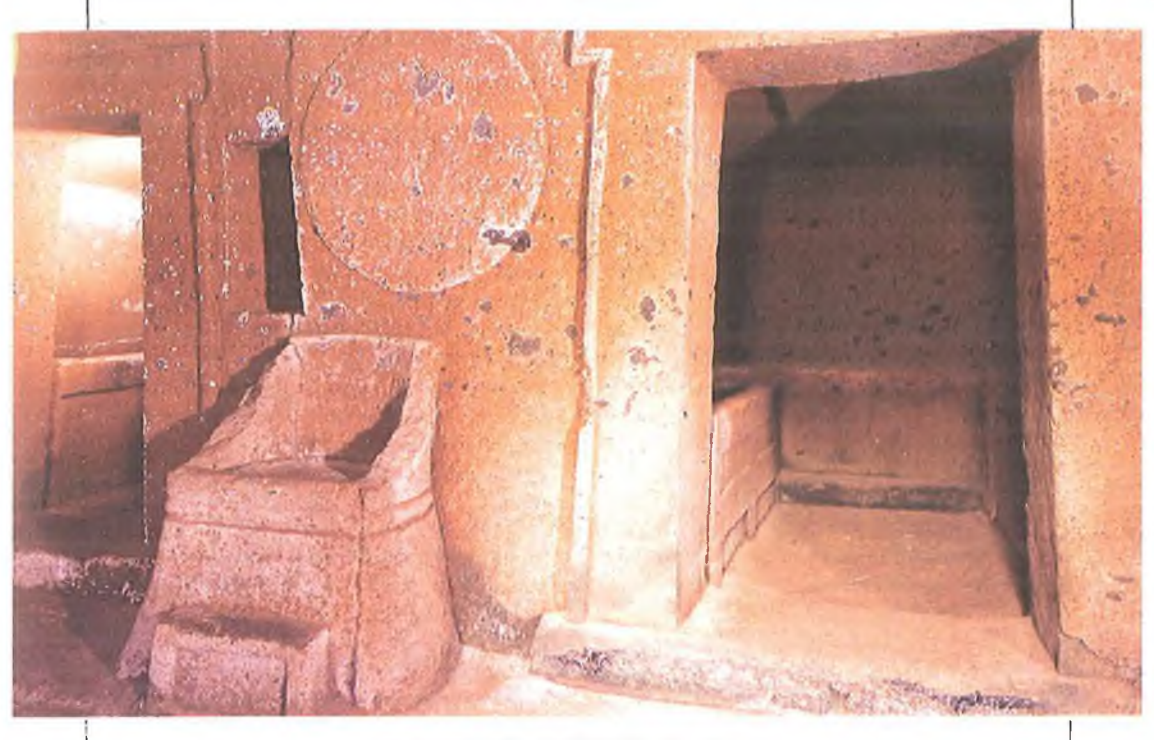
Dionisio, I, 30, 1-2

Etruria entre los siglos VIII y VI a.C.; algunos aspectos de la civilización etrusca, sobre todo en el campo de la religión (revelación, prácticas adivinatorias), sólo pueden explicarse abogando por un origen oriental; relaciones lingüísticas y onomásticas entre el etrusco y algunas lenguas del ámbito egeo-anatólico, especialmente con la inscripción hallada en la isla de Lemnos y escrita en lengua pre-griega; finalmente, la identificación de los tirrenos o *tyrsenoi* con los *Trš.w*, uno de los llamados «Pueblos del mar» mencionados en las inscripciones de Karnak que conmemoraban la victoria egipcia sobre estos pueblos invasores.

En segundo lugar está la teoría denominada septentrional, es decir aquella que propugna una entrada de los etruscos en Italia por el norte, a través de los Alpes. Esta teoría ya no tiene su origen en la antigüedad, al contrario de las otras dos, sino que es un producto de las elucubraciones eruditas del siglo XIX y justo es decir que pocos seguidores tuvo en su momento y todavía menos en la actualidad. Esta teoría busca también un punto de partida en la tradición literaria y cree encontrarlo en una aislada frase de Tito Livio (V.33.11), cuando éste dice que los «pueblos alpinos, y en particular los retos, tienen el mismo origen [que los etruscos]». A partir de aquí, los partidarios de esta opinión acuden a los testimonios de otras disciplinas para encontrar apoyos que avalen su teoría, y así en el campo arqueológico defienden la llamada «reconstrucción pigoriniana» de la prehistoria de Italia, propuesta por L. Pigorini y según la cual la cultura



Escena de banquete. (Tumba de Triclinio. Tarquinia).



Reconstrucción del interior de una casa.
(Tumba de los escudos. Cerveteri)

villanoviana, es decir aquélla que previamente al orientalizante se desarrolló en Etruria, deriva de las terramaras, cultura de la edad del bronce establecida en el valle del Po y que tiene sus antecedentes en los palafitos de los lagos alpinos y en definitiva en la Europa central. En cuanto a las pruebas epigráficas y lingüísticas, abogan por la pertenencia de los etruscos al grupo étnico-lingüístico denominado reto-tirrénico (P. Kretschmer), demostrado por las propias inscripciones etruscas y por las encontradas en Retia, nombre antiguo de la región alpina, concluyendo en que el nombre de esta región y del pueblo que la habitaba, *reti*, no son sino una derivación de *rasenna*.

Finalmente la última teoría a considerar, la de la autoctonía, se diferencia de las anteriores en que no plantea el problema en términos de migración. Para los defensores de esta opinión (E. Meyer, U. Antonielli, G. Devoto) los etruscos representan una reliquia de los tiempos prehistóricos del neolítico; su lengua es considerada como la expresión de un estrato lingüístico anterior al indoeuropeo y afín por tanto a las lenguas del Egeo prehelénico y de Asia Menor (estrato tirrénico, definido por F. Ribezzo); desde el punto de vista arqueológico, habría que identificarles al estrato más antiguo inhumante, al cual se superpuso el estrato itálico, indoeuropeo, incinerante. La nación etrusca nace finalmente al reafirmarse los elementos originarios bajo los impulsos culturales procedentes de Oriente.

Todas estas teorías intentan explicar satisfactoriamente el conjunto de los datos disponibles, bien sean de la tradición, epigráficos o arqueológicos. Sin embargo, ninguna de ellas es perfecta y sus conclusiones pecan de parcialidad, dejando muchos puntos

sin explicación y atentando contra hechos confirmados por varias vías. Así la teoría oriental carece de cualquier fundamento arqueológico, pues la cultura orientalizante no es patrimonio exclusivo de Etruria y ni siquiera de Italia, ya que contemporáneamente se desarrolla también en Grecia y en general en todo el Mediterráneo, sin que ello implique necesariamente una invasión generalizada procedente de Oriente. Asimismo los datos de la tradición son enormemente artificiales, respondiendo a presupuestos ideológicos más que a hechos reales. Por otra parte la identificación de los *tyrsenoi* con los *Trs.w* de las inscripciones jeroglíficas egipcias es sumamente dudosa, por no decir imposible, como ocurre en general con los otros étnicos mencionados en dichas inscripciones, salvo los *Jqjws.w* y los *Prst.w,* identificados respectivamente a aqueos y filisteos. Tan sólo las relaciones lingüísticas y onomásticas con la inscripción de Lemnos y con ambientes lingüísticos de Asia Menor parecen ser un argumento de cierto peso, aunque todavía existen grandes dificultades de interpretación.

La teoría septentrional es la más débil, pues ni la arqueología, que en ningún momento prueba una presión del norte hacia el sur, ni la epigrafía proporcionan argumentos seguros. Ciertamente la presencia de elementos etruscos en la región alpina es un hecho constatado, pero no se refiere a la época de los orígenes sino a momentos muy posteriores, cuando como consecuencia de las invasiones celtas de finales del siglo V a.C., grupos de etruscos establecidos en el valle del Po huyeron hacia las montañas del norte. Finalmente la opinión que defiende la autoctonía de los etruscos tampoco está exenta de dificultades, comenzando por el propio texto de Dionisio de Halicarnaso: en efecto, según ha puesto en relieve D. Musti, Dionisio pretendía privar a los etruscos del «título de nobleza» que automáticamente les confería el ser descendientes de un pueblo oriental de cultura elevada, honor reservado a los latinos y a la propia Roma, y para ello nada mejor que hacerles autóctonos de Italia. En cuanto a los argumentos epigráficos y arqueológicos, nada hay más falso no solamente en el método empleado, sino también y más evidente en los hechos constatados, pues entre otras cosas los itálicos son inhumantes, no incinerantes como se pretende.

En la actualidad el problema no se plantea en términos de invasión sino sobre todo de formación, según las propuestas avanzadas ya hace tiempo por M. Pallottino y F. Altheim y aceptadas hoy día por la mayor parte de los etruscólogos: «El concepto antiguo y moderno de migración y de invasión debe replantearse en términos más próximos a la realidad histórica: no es correcto hablar de "llegada" de los etruscos, ya que los etruscos como pueblo son un producto de vicisitudes históricas desarrolladas en nuestra península», dice el especialista italiano M. Torelli. En efecto, los datos a nuestra disposición indican una continuidad muy clara entre la edad del bronce y la sucesiva del hierro, sin ninguna interrupción brusca que pueda denunciar la entrada masiva de un nuevo pueblo en Italia en las postrimerías del segundo milenio, fecha en la cual se situaría la llegada de los lidios según el relato de Heródoto y la de los *Trs.w/tyrsenoi,* y mucho más difícil, por no decir imposible, sería colocar tal invasión en el siglo VIII a.C., coincidiendo con los comienzos de la cultura orientalizante. La nación etrusca nació y se formó en el territorio de la propia Etruria, y aunque no puede rechazarse a priori la inclusión e influencia de elementos alógenos, indudablemente hiende sus raíces en las culturas de la prehistoria italiana, y es aquí por donde debemos comenzar nuestro recorrido por la historia etrusca.

III. La prehistoria de Etruria

1) La Edad del Bronce

La mayor parte del segundo milenio a.C. asiste al desarrollo en Italia de la edad del bronce. Prácticamente toda la península Itálica aparece unificada bajo la impronta de la cultura apenínica, así denominada por su manifiesta relación geográfica con la cadena montañosa que de norte a sur atraviesa la península. La cultura apenínica viene a corresponder *grosso modo* con la denominada cultura de las terramaras, facies de la Edad del Bronce característica de la región comprendida entre el río Po y los Alpes.

Según las ya clásicas investigaciones de S. Puglisi, la uniformidad cultural impuesta por el apenínico deriva de la preferente vocación pastoril de sus gentes, quienes practicando las costumbres propias de la trashumancia, recorrían constantemente la dorsal de los Apeninos buscando las áreas más a propósito para el pasto de sus rebaños: la situación de muchos establecimientos humanos en zonas elevadas, el carácter estacional de algunos de ellos, así como determinados objetos de su cultura material, especialmente las célebres «lecheras» (recipientes para hervir la leche con vistas a la inmediata elaboración del queso), son elementos que confirman la especial dedicación de los apenínicos a una actividad económica pastoril. Sin embargo, esto no implica necesariamente un abandono de la economía agararia, cuya importancia queda de manifiesto tras el descubrimiento de C.E. Östenberg de un poblamiento apenínico en Luni sul Mignone, caracterizado por su relativa gran extensión, su carácter permanente y la dedicación prevalentemente agrícola de sus habitantes.

En resumen, la cultura apenínica se caracteriza por una economía mixta en la cual la agricultura desempeña su ya tradicional papel de fuente esencial para la alimentación, pero acompañada de un desarrollo nunca visto de las actividades pastoriles, bien sea en forma transhumante (ganaderías ovina y caprina) o bien estable (ganadería porcina). La vida económica se complementa con las actividades artesanales, especialmente la cerámica, puesto que la metalurgia no alcanzará cierta importancia hasta la fase final de la Edad del Bronce. La cerámica es hecha a mano, de impasto oscuro y decorada generalmente con motivos geométricos; muchas de las formas utilizadas derivan de la anterior tradición calcolítica, sobre todo de la cultura de Rinaldone.

Un elemento de gran importancia histórica relativo a esta época es el hallazgo de objetos micénicos en diversos lugares de Italia, datados sobre todo entre los siglos XIV y XII a.C.

Esta primera presencia griega en las costas italianas responde a las mismas causas que en el siglo VIII harán repetir la experiencia: la búsqueda y aprovisionamiento de aquellas materias primas, especialmente metales, totalmente necesarias para la economía de los desarrollados palacios micénicos. Sin embargo, no puede hablarse de una auténtica colonización, pues en la mayor parte de los lugares donde se ha encontrado cerámica micénica los fragmentos son tan escasos en número, que tan sólo permiten suponer una frecuencia que obedece a motivos comerciales. El único centro donde los hallazgos inducen a pensar en un auténtico establecimiento micénico se sitúa en la proximidad de Tarento, en Scoglio del Tonno, que desempeñaría una función de vínculo entre Grecia y aquellos puntos concretos de Italia en los que se centraba el interés micénico, a saber las islas Eolias, Cerdeña y Etruria. En esta última región han aparecido restos cerámicos y metálicos de fabricación micénica en las localidades de Luni sul Mignone, San Giovenale, Monte Rovello y Contigliano, situadas las tres primeras en íntima vinculación con los montes de la Tolfa, una de las principales áreas metalíferas de Etruria, lo que no deja lugar a dudas sobre cuál era el motivo de la presencia micénica.

Todos estos hallazgos de restos arqueológicos micénicos han sido puestos en relación con aquellas leyendas que tomando como protagonistas a héroes griegos de la era troyana, situaban sus andanzas en Italia, y en definitiva también con lo ya visto sobre el origen del pueblo etrusco. El tema es ciertamente espinoso y no parece que por el momento puedan establecerse equivalencias seguras entre ambos datos, para concluir fi-



Interior de la tumba de la Campana.
(Cerveteri)

nalmente en la aceptación de la presencia de gentes egeas en Italia por estas fechas. Sea lo que fuere, lo cierto es que el testimonio arqueológico muestra muy claramente «caracteres de identidad y de desarrollo interno que convierten en secundaria la importancia de tales presuntas llegadas respecto a aquélla de factores endógenos de transformación» (M. Torelli).

2) La transición del bronce al hierro

Esa sustancial unidad cultural caracterizada por el apenínico comienza a romperse a partir del siglo XII a.C., cuando se inicia el llamado Bronce Final, período de transición entre la plena Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Surgen entonces dos nuevas facies culturales, una de tradición apenínica, que por ello recibe el nombre de cultura subapenínica, y otra más novedosa denominada protovillanoviana. Nuevos elementos culturales llegados de Europa central y del área del Egeo invaden la península Itálica, sobre todo objetos metalúrgicos, aunque la principal innovación la constituye sin duda el cambio en el rito de enterramiento con la introducción de la incineración, apareciendo así amplias necrópolis similares a los campos de urnas de la Europa danubiana. Todos estos elementos son identificados por una corriente de la investigación moderna a la entrada en Italia de los primeros pueblos indoeuropeos, pero la reconstrucción del mapa lingüístico de la prehistoria italiana resulta por el momento sumamente difícil.



Vista parcial de la necrópolis de Cerveteri.
Túmulo de la Tumba Grande

En Etruria se documenta entonces el protovillanoviano (siglos XII-X a.C.), así llamado por ser el antecesor de la cultura característica de esta región, el villanoviano. Las transformaciones que entonces experimenta Etruria son mayores que en el resto de la península, iniciando así un despegue que hará de la región toscana la más desarrollada de Italia. La distribución de la población se presenta bastante densa, con especial concentración en algunas zonas, como los montes de la Tolfa y el valle del Fiora. Los poblados ocupan normalmente una altura o pequeña meseta en la confluencia de dos cursos de agua, favoreciendo de esta manera las condiciones defensivas; no obstante también se dan otras situaciones en zonas de llanura o a orillas de los lagos o del mar, variedad que se explica en función de los diferentes recursos naturales, manifestando así la capacidad para disfrutarlos en todos sus tipos. Los poblados están constituidos por cabañas de tamaño variable, dispuestas sin ninguna sistematización previa. Las excavaciones han puesto al descubierto junto a las cabañas destinadas a habitación, otras más pequeñas dedicadas a diferentes usos (hornos, almacenes) y en algunos lugares, como Luni y Monte Rovello, grandes construcciones probables restos de una organización jerárquica. Sin embargo, las condiciones de la estructura social son mal conocidas, dada la pobreza de los datos disponibles. A través de la información proporcionada por las necrópolis, se puede observar que la sociedad se articulaba en las relaciones de parentela, sin apenas distinción de riqueza, y tan sólo en los momentos finales del período (siglo X a.C.) pueden apreciarse algunos indicios de diferenciación social, pero siempre dentro de una estructura social bastante simple.

Sobre la vida económica ya estamos mejor informados. La economía primaria estaba basada esencialmente en la agricultura cerealística y en el pastoreo, consiguiendo un nivel relativamente avanzado en el desarrollo de las actividades de subsistencia. El intercambio de productos alimenticios es prácticamente impensable y tan sólo podría darse un elemental tipo de colaboración en algunas prácticas muy concretas, como la transhumancia. En cuanto al artesanado, la mayor parte de las actividades relativas al mismo son de carácter doméstico: la cerámica es hecha a mano y no existen todavía formas generalizadas. Una actividad que requiere especialización es la metalurgia, basada en los yacimientos metalíferos locales y que experimenta en esta época un auge notable. Testimonio de ello lo encontramos en las tumbas y en áreas de habitación, pero donde alcanza su manifestación más palpable es en los denominados *ripostigli*, depósitos de objetos metálicos, situados fuera del hábitat y relacionados con la actividad de los artesanos metalúrgicos. En un principio la producción de objetos metálicos no está vinculada a la demanda de las comunidades locales, sino a la movilidad de los artesanos, auténticos protagonistas de la circulación de objetos y de nociones técnicas y tipológicas. En el siglo X se produce una transformación de gran importancia en el campo de la metalurgia: la producción aumenta y al mismo tiempo se desarrollan los caracteres tipológicos locales; la relación entre el artesano y la comunidad cambia, perdiendo el primero su independencia e integrándose en la comunidad, la cual pasa a controlar la producción del metal. Esto último encuentra su expresión en el desarrollo de una producción de objetos de prestigio y de lujo, destinados a subrayar las funciones sociales más importantes; también en el incremento de utensilios especializados, que invaden otras áreas económicas y la actividad guerrera; finalmente otra manifestación de lo mismo la encontramos en la

aparición de un comercio a larga distancia, lo que implica una organizada intervención de la comunidad.

En conclusión, el protovillanoviano puede definirse como un período de rápida transformación hacia formas sociales y políticas más complejas. Como características fundamentales hay que destacar el crecimiento demográfico, la mejora en el nivel tecnológico de la producción metalúrgica, el inicio de las formas de diferenciación social y el surgimiento de intercambios a larga distancia. Todo ello trae consigo finalmente importantes novedades en las condiciones del establecimiento humano, con el abandono al final del período de las pequeñas aldeas y la concentración de la población en el lugar donde posteriormente surgirán las ciudades.

3) La Cultura Villanoviana

Entre los siglos X y IX a.C. se asiste a la definitiva ruptura de la unidad cultural del bronce, emergiendo diversas culturas locales que prefiguran muy próximamente la posterior repartición étnica de la Italia histórica. Cada región de la península Itálica aparece así caracterizada por una facies cultural propia, siendo la villanoviana aquélla centrada en el territorio donde luego se desarrollará la cultura etrusca, sin que esto quiera significar una identificación entre cultura y *ethnos*, sino tan sólo afirmar que el área geográfica donde se estableció el dominio etrusco ya estaba perfectamente definida y unificada culturalmente en el siglo IX a.C.

Aun dentro de la sustancial homogeneidad cultural que caracteriza al villanoviano, metodológicamente cabe distinguir diversas áreas en razón sobre todo a las diferentes posibilidades de explotación de los recursos naturales, lo cual no dejó de influir en última instancia en las características de la cultura material. Así, puede delimitarse la siguiente topografía histórica: Etruria meridional, que comprende la región costera meridional y el bajo curso del Tíber, abarcando los territorios de las futuras ciudades de Veyes, Caere, Tarquinia y Vulci; los factores de desarrollo de esta área se centran por una parte en la explotación de los yacimientos metalíferos y por otra en las posibilidades de apertura hacia el exterior, como se demostrará a propósito de la presencia griega en Italia a partir del siglo VIII a.C. A continuación, hacia el norte, se encuentra la Etruria septentrional, región situada entre los ríos Albegna y Arno y el mar Tirreno, teniendo como centros principales Rusellae, Vetulonia, Populonia y Volterra; en esta región se encontraban los principales recursos metalíferos de Etruria, situados en los montes Amiata y Metallifere y en la isla de Elba. Como última región dentro del propio territorio etrusco tenemos la Etruria interna, definida por los valles del Tíber y del Chiana y por los centros de Arezzo, Perugia, Chiusi y Volsinii; privada de recursos minerales y alejada de la costa, esta región se vio abocada a una vida más dedicada a la agricultura, presentando por ello cierto retraso respecto a las anteriores áreas.

Sin embargo, la Cultura Villanoviana no se limitó al territorio de la Etruria histórica, sino que dando muestras de su gran vitalidad, en el siglo IX a.C. inicia lo que se ha dado en llamar un proceso colonizador, que extiende esta facies cultural a otras regiones de Italia en las que previamente no se había producido el fenómeno protovillanoviano. Esta expansión adquiere especial importancia en dos direcciones, una hacia el norte (Emilia) y otra hacia el sur (Campania, distinguiéndose los núcleos de Capua y Salernitano), regiones en las que con posterioridad se asistirá igualmente al desarrollo de la Cultura Etrusca. Además también puede observarse presencia villanoviana en otros pun-

tos de Italia, como en Fermo (Marche) y en Sala Consilina (Lucania), que a diferencia de los anteriores no tendrán continuidad, desapareciendo en el siglo VIII bajo la presión de las culturas indígenas circundantes.

Los lugares donde se establece el poblamiento humano siguen los mismos criterios que durante el protovillanoviano, es decir, lugares elevados entre dos cursos de agua. La zona de habitación se articula a partir de pequeños grupos de cabañas, distribuidos en razón a la producción primaria, mientras que las necrópolis quedan al margen, relegadas a colinas escasamente productivas. Las tumbas son siempre de incineración, limitándose tipológicamente a la de pozo y de fosa; en el norte aparecen unas primeras sepulturas de cámara que anuncian los grandes túmulos característicos del período sucesivo, lo que hace suponer la existencia de una fuerte jerarquía social en el interior de la comunidad.

Es precisamente a través de la información proporcionada por las necrópolis como podemos acercarnos a la comprensión de la estructura social de las aldeas villanovianas y de su evolución durante los siglos IX y VIII a.C. Durante la primera mitad del siglo IX los ajuares funerarios son escasos y en general uniformes; los vasos son los exclusivos del ritual funerario, es decir el osario, normalmente de forma bicónica cubierto con una escudilla, apareciendo en ocasiones la urna-cabaña característica de la Etruria meridional; la única distinción apreciable es indicativa del sexo del difunto, y así en las deposiciones masculinas la cubierta del osario puede tomar la forma de yelmo y aparecen algunos objetos característicos como la navaja de afeitar, mientras que las femeninas se distinguen por la presencia del huso de hilar y tipos especiales de fíbula. La segunda mitad de este mismo siglo IX asiste a una cierta complejidad en el panorama funerario, pero sin grandes diferencias entre los ajuares: los vasos son más abundantes y aparecen objetos con una especial carga ideológica; la diferenciación sexual se hace más marcada, enfatizando la función guerrera en los enterramientos masculinos y los adornos personales en los femeninos. El siglo VIII se inaugura con un profundo cambio que irá ya en continuo avance: la figura del guerrero asume una relevancia excepcional, encontrándose una manifestación grandiosa en la tumba tarquiniense del *Guerriero*; las tumbas femeninas siguen un desarrollo paralelo, algunas con gran manifestación de riqueza, hecho que viene a materializarse con la aparición de la cerámica geométrica, primero de fabricación griega y luego también de imitación local.

Todos estos datos vienen a informarnos de un hecho de gran importancia que comienza a manifestarse en los inicios del siglo VIII: el nacimiento de la aristocracia. En efecto, la documentación arqueológica nos enseña que en este siglo se rompe definitivamente la homogeneidad social de los poblados villanovianos, tímidamente puesta en entredicho en las postrimerías del siglo X a.C. El estudio de la necrópolis de Quattro Fontanili en Veyes, muestra cómo a comienzos del siglo VIII algunas tumbas se destacan por encima de las demás en cuanto a la riqueza depositada en ellas, ofreciendo mayor cantidad de objetos y siempre de mejor calidad, entre los cuales se observa la presencia de productos de importación egeos y orientales, contrastando con la mayoría de las deposiciones funerarias, cuyos ajuares parecen continuar la tradición del siglo IX. La diferenciación social no se manifiesta en términos polarizados ricos-pobres, sino que se presenta como una realidad estratificada, en la cual existe una articulación de los niveles de riqueza y en consecuencia una compleja situación social. Este fenómeno obedece a va-

rias causas. Por una parte está la concentración de los excedentes de la producción agraria en unas pocas manos, culminando así un largo proceso iniciado en el protovillanoviano de privatización de la tierra y en el cual unas cuantas familias tienden a acumular gran parte de la misma, sin que esto signifique la desaparición de pequeños y medianos campesinos. También hay que considerar un notable incremento demográfico a lo largo de todo el siglo VIII, debido no sólo al propio crecimiento natural de la población, sino también a la llegada de nuevas gentes que presumiblemente se colocaron en una situación de subordinación económica y social. Todo ello se acompaña de un movimiento dirigido hacia una progresiva división y especialización en el trabajo, en virtud de la cual no solamente la metalurgia, sino asimismo actividades consideradas hasta ahora domésticas pasan a manos de especialistas, como ocurre con la cerámica, que gracias a la influencia griega, mejora su nivel técnico y amplía su oferta con la imitación de modelos helénicos.

Un aspecto de enorme interés para la historia de Etruria en el siglo VIII se centra en las relaciones con el exterior, determinantes a su vez para su propio desarrollo interno. En todo este proceso juega un papel fundamental la presencia de los griegos, que lanzados al redescubrimiento del Tirreno y en su afán de búsqueda de metales, llegan de nuevo a las costas de Etruria renovando así unas relaciones que se habían visto interrumpidas tras el hundimiento del mundo micénico. Los contactos greco-villanovianos afectaron sobre todo al área campana y a la Etruria meridional, que a su vez sirvió de intermediario para el resto de Etruria. En un primer momento, coincidiendo con la fase



Escena de banquete. (Tumba de los Leopardos. Tarquinia)

precolonial griega, el contacto es intermitente y escasos los restos dejados; pero a partir de la fundación de Pithekoussai hacia 770 y sobre todo de la de Cumas a mediados del siglo VIII a.C., las relaciones se intensificaron notablemente, estableciéndose contactos regulares y continuos entre los griegos asentados en el sur de la península y los centros villanovianos, con un resultado extraordinariamente beneficioso para estos últimos, ya que el impacto griego actuó de verdadero catalizador en el desarrollo de Etruria. Hay que tener en cuenta que entre las dos áreas no solamente circulaban productos, bien fuese como materias primas o ya manufacturadas, sino también técnicas productivas e incluso personas. Así, se puede situar en la segunda mitad del siglo VIII la introducción en Etruria de la viticultura y entre las técnicas artesanales, mejoras en el trabajo de los metales y en la producción cerámica, como el torno del alfarero y la técnica de depuración de arcilla. Los vasos griegos llegan fácilmente a Etruria, pasando en su mayoría a engrosar el patrimonio de la aristocracia naciente; a continuación estos vasos son imitados por artesanos locales, quienes además intentan adaptar a las nuevas tendencias la tradición cerámica anterior, proceso en el que tampoco están ausentes ceramistas griegos, establecidos en algunos centros etruscos y especializados sobre todo en la producción de grandes vasos para la cultura del vino recién introducida.

Además de los contactos en el mundo griego, pueden detectarse también intercambios en el interior del propio ambiente villanoviano y con otras regiones de la península. Especial interés tienen las relaciones con Cerdeña, mantenidas fundamentalmente por la Etruria septentrional y el área de Vulci, que no revisten un mero carácter comercial sino también un intercambio de personas, indicando así la gran proximidad de intereses de las dos grandes áreas productoras de metales de esta parte del Mediterráneo. Finalmente se detectan asimismo en tumbas etruscas objetos suntuarios de producción oriental, que aunque en gran medida pueden haber sido transportados por el intermediario griego, no hay que desechar una intervención directa de navegantes fenicios, interesados muy directamente por Cerdeña y cuya presencia en Etruria vendría igualmente determinada por los metales, como lo muestra la presencia de cerámica fenicia en Populonia. La presencia de objetos orientales indica una vez más la capacidad de demanda de los estratos superiores de la sociedad y anuncia la explosión de la cultura orientalizante iniciada en los años finales de este mismo siglo VIII a.C.

En resumen, la última etapa del período villanoviano significa un cambio muy profundo en la fisionomía de la cultura etrusca. A partir de estos momentos puede afirmarse que el pueblo etrusco está ya perfectamente definido, aunque abierto a nuevas experiencias que llegarán con el orientalizante y que enriquecerán notablemente su patrimonio cultural. Por un lado, en el contexto interior, se comprueba el carácter proto-urbano de los centros etruscos, con una concentración de la población en aquellos puntos donde inmediatamente surgirán las ciudades; asimismo se observa el nacimiento de la aristocracia y una compleja estratificación social, y finalmente una estructura política lo suficientemente organizada como para hacer frente al reto comercial impuesto por los griegos. En segundo lugar hay que destacar la entrada de Etruria en las grandes corrientes del tráfico internacional y con ello la aparición de las primeras manifestaciones de la llamada «piratería» tirrénica, es decir el deseo por parte de los etruscos de hacer valer sus intereses en una zona en la cual compiten todas las fuerzas del Mediterráneo.

IV. El período orientalizante

Con el nombre de orientalizante se entiende el arte y la cultura de las regiones mediterráneas caracterizadas por una amplia apertura a las experiencias figurativas del Oriente Próximo. El fenómeno no es homogéneo ni contemporáneo en todo el Mediterráneo, siendo aceptado primero en Grecia, dadas sus estrechísimas relaciones con las culturas orientales, de donde pasó a continuación a Italia. En esta última la región etrusca, y más concretamente el área meridional marítima, donde los contactos con los griegos eran más intensos, fue la primera en recibir el nuevo espíritu y donde arraigó con mayor fuerza, constituyendo la característica esencial del período comprendido entre las décadas finales del siglo VIII y las iniciales del VI a.C.

Durante este período se sucede en Etruria una acumulación de productos extranjeros, procedentes de tres corrientes fundamentales. En primer lugar, de origen oriental aparecen en Etruria objetos de fabricación egipcia, asiria, urartia, fenicia y chipriota, que aunque no muy abundantes son por lo general de materiales preciosos y de muy buena calidad, por lo que se concentran exclusivamente en pocas tumbas con ajuares ricos. Una segunda corriente parte de la cuenca del Egeo, transportando productos procedentes sobre todo de Corinto, del Ática y de la Jonia, y con una carga asimismo orientalizante, pues Grecia atraviesa en estos momentos por idéntica fase cultural. El destino fundamental de tales importaciones se centra igualmente en las aristocracias dirigentes. Finalmente hay que considerar la componente septentrional, procedente de la Europa continental, y en la cual el área de Bologna juega una importante función intermediaria. Aquí nos encontramos de nuevo a la aristocracia como principal destinataria de los productos llegados por esta vía, sítulas de bronce y ámbar esencialmente.

Como puede observarse el papel interpretado por la aristocracia en esta renovación cultural es fundamental. El fasto del orientalizante, la alta calidad de los productos de importación y el exotismo de los mismos se adaptaron perfectamente al estilo de vida y a la ideología de esa aristocracia surgida en el villanoviano. Pero la actitud de esta última no se reduce exclusivamente a recibir tales objetos, sino que además adoptó con facilidad la carga ideológica que portaban, así como otros muchos elementos del más variado signo. Entre todos ellos se puede destacar como característico de la clase superior por ejemplo el banquete, institución propia de la aristocracia griega cantada por Homero y que ahora fue adaptada en idénticos ambientes etruscos, como un elemento más de su estilo de vida

característico y de distinción ante los otros estratos de la sociedad: es sintomático al respecto el hecho de que gran parte de los vasos griegos que aparecen en las tumbas formen parte del ritual del *sympósion,* introduciendo así en Etruria formas cerámicas desconocidas en la tradición villanoviana. También hay que destacar en el mismo sentido la introducción de la escritura, conocimiento llegado entre el bagaje griego transmitido a Etruria, como ya se ha dicho; la utilización de este importante vehículo ideológico queda en un principio reservado a la clase aristocrática, que lo considera como un bien de prestigio, no extendiéndose su uso a otros grupos sociales hasta el siglo VI: en efecto, las inscripciones etruscas del siglo VII son en su mayoría de posesión y de donación y están inscritas sobre objetos suntuarios, esto es destinados a circular exclusivamente entre los nobles, quienes dan muestra del control que ejercen sobre el conocimiento de la escritura depositando en sus tumbas los instrumentos característicos de esta técnica. Como último ejemplo del indiscutible protagonismo de la aristocracia en el período orientalizante, hay que considerar la introducción del cultivo del olivo en Etruria, que al igual que había ocurrido durante el villanoviano con la vid, su primera utilización y disfrute es asimismo monopolio de la aristocracia.

La clase noble es en gran medida también protagonista del profundo cambio que experimenta el aspecto externo de los poblamientos. Entre las novedades aportadas por el orientalizante se encuentran las transformaciones en la arquitectura, tanto en la doméstica como en la funeraria. La primera se define en la sustitución de la antigua cabaña del villanoviano por la edificación con cimientos de piedra, paredes de ladrillo crudo y cubierta de tejas, completándose en ocasiones con decoraciones arquitectónicas confeccionadas en terracota. La aristocracia encuentra en esta nueva arquitectura un marco más apropiado para una perfecta realización de su estilo de vida característico, alcanzando su manifestación culminante con la construcción de los «palacios». Son grandes edificaciones conocidas recientemente gracias a las excavaciones llevadas a cabo en Acquarossa, próxima a Viterbo, y en Murlo, cerca de Siena (sobre este último complejo no está muy claro su carácter palatino); ambas datan de la segunda mitad del siglo VII a.C. y consisten en una estructura construida en torno a un patio central, con ambientes destinados a los más diversos usos, entre ellos el del banquete, y decorados con motivos que exaltan e idealizan el mundo aristocrático: son a la vez centros políticos, religiosos, residenciales y económicos. La conciencia del noble como hombre superior se manifiesta también en el mundo funerario, que con la llegada del orientalizante realza todos sus elementos. A partir de finales del siglo VIII a.C. la tumba de cámara se convierte en el sepulcro típico de la aristocracia etrusca, abandonando definitivamente las tumbas de fosa y de pozo que quedan relegadas a las clases inferiores. La cámara funeraria suele situarse dentro de un túmulo construido a propósito, aunque en algunas regiones la cámara se cava en la roca; el túmulo tiene sus orígenes en el villanoviano, pero con la monumentalidad que alcanza en estos momentos viene a reflejar de una manera clara el papel destacado del noble y de su familia en la escala social. Este hecho se incrementa con otras manifestaciones dentro asimismo del círculo funerario, como la riqueza y complejidad del ajuar que acompaña al difunto en la otra vida, la ostentación en los rituales funerarios (banquete, juegos, danzas, etc.) y en definitiva con el propio nacimiento del arte figurativo monumental (pintura, escultura), cuyas primeras manifesta-

ciones aparecen ligadas a las tumbas aristocráticas.

Estos nuevos escenarios donde se desarrolla el ambiente de la aristocracia —el «palacio» y el sepulcro— son indicativos asimismo de la organización interna de la clase superior. Uno y otro reflejan la existencia de una estructura parental, basada en la familia y en el esquema superior de la *gens*, que se perpetua a través del tiempo mediante la utilización del gentilicio. A este respecto, los recientes estudios onomásticos llevados a cabo sobre las inscripciones arcaicas muestran resultados que, aunque lejos todavía de satisfacer todas las posturas adoptadas por los investigadores, aportan datos muy valiosos sobre la organización de la aristocracia. Al contrario de lo que sucedía en Grecia, en que el patronímico variaba de generación en generación en la sucesión familiar, en los ambientes itálicos el uso de este elemento se convirtió en gentilicio, es decir en nombre transmisible a todos los miembros de esa familia. La utilización de la fórmula onomástica bimembre, es decir *praenomen* y *nomen* (nombre individual y nombre familiar o gentilicio), comienza a atestiguarse en la epigrafía con los mismos orígenes de la escritura, pero es bastante escasa durante la primera mitad del siglo VII, para hacerse luego más frecuente. La invención de este sistema onomástico prueba pues el deseo de determinadas familias de distinguirse del resto de la población, que sigue manteniendo un nombre único, mediante su vinculación a un antepasado con el cual le unen lazos de sangre, dando así prueba manifiesta de su estirpe y de la antigüedad de su linaje. Estas familias aristocráticas no sólo se componían de miembros consanguíneos, sino que además también formaban parte otros grupos humanos pero sometidos a una situación de dependencia: son los siervos,



Escena de músicos. (Tumba de los Leopardos. Tarquinia)

personajes caracterizados por una relación de semi-esclavitud y que constituyen un elemento complementario a la imagen de aristocracia ociosa que nos transmiten los literatos griegos y romanos.

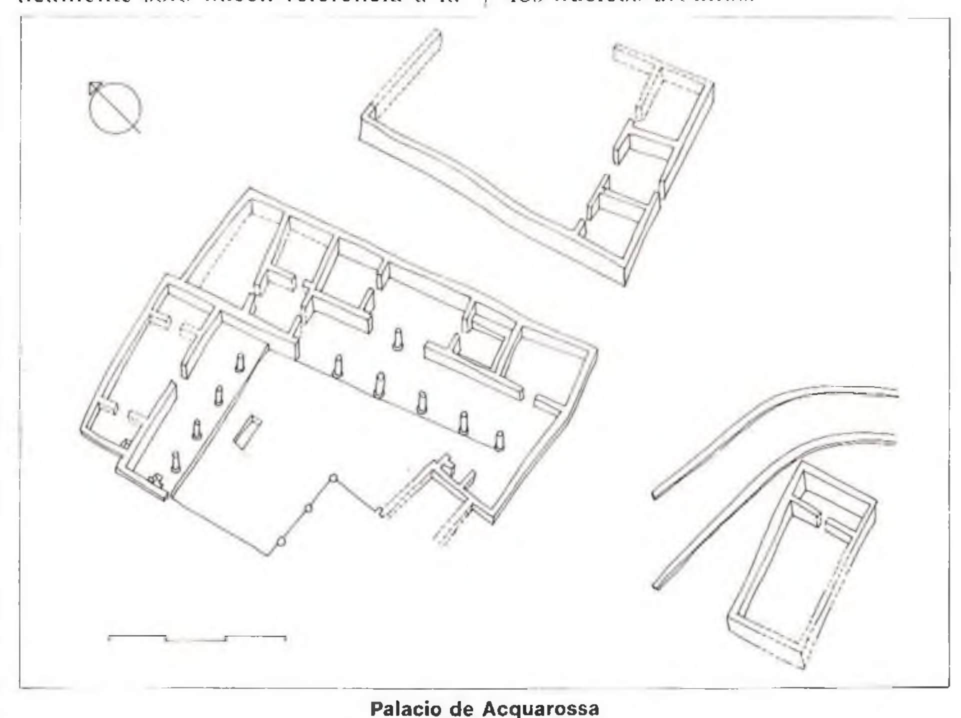
La realidad social del orientalizante etrusco no se reduce a la bipolaridad aristocracia-servidumbre, sino que como consecuencia de la gran explosión económica, la estructura social se complica extraordinariamente. La presencia de artesanos extranjeros, que ya se había hecho sentir en el anterior período villanoviano, es en estos momenos masiva, sobre todo a partir del año 625 a.C., configurando de manera decisiva el panorama artístico etrusco de la primera mitad del siglo VI. Nuevamente la presencia de elementos de origen griego es mayoritaria, pudiéndose conocer incluso el nombre de algunos por las firmas que estampaban en sus obras. A este respecto es interesante recordar la leyenda del corintio Demarato, quien debiendo abandonar su patria por problemas políticos, se estableció en la ciudad etrusca de Tarquinia llevando consigo a un nutrido grupo de artesanos (Plinio, *Nat. Hist.*, XXXV.16; 152). Este relato ha dado nombre a la llamada «fase demaratea» del arte etrusco, coincidente con los momentos cruciales del comercio corintio a partir de mediados del siglo VII: efectivamente en los años finales de este siglo los centros etruscos más desarrollados se pueblan de talleres que elaboran cerámica según los criterios griegos, produciendo objetos en estilo denominado etrusco-corintio muy considerados socialmente. El catálogo de artesanos extranjeros se enriquece con la probable presencia de algunos de origen danubiano en el área de Bologna y la más que posible de orientales, sobre todo fenicios.

La instalación en Etruria de estos artesanos extranjeros fue de gran importancia para el desarrollo económico de la región, pues introdujeron nuevas técnicas y perfeccionaron las existentes, llevadas por ellos mismos en el período anterior. Las modas y estilos impuestos por los maestros extranjeros alteran notablemente el panorama de la cultura material etrusca, ya que marcan la pauta de la producción fabricando objetos de prestigio que son absorbidos rápidamente por las aristocracias locales. Las nuevas obras son imitadas por los propios artesanos etruscos, quienes no se limitan a este simple papel de copistas, sino que son capaces de desarrollar simultáneamente una auténtica producción propia, el *bucchero,* que aunque adapta tipos y motivos decorativos extraños, surge de talleres locales llegando a convertirse en una cerámica fina de mesa. La especialización en el trabajo y la diversificación y perfeccionamiento de los medios de producción conducen a una mejor consideración social del artesano, no solamente referida a los extranjeros protagonistas del cambio, sino que también afecta a los propios artesanos locales, algunos de los cuales firman sus obras, siguiendo el ejemplo de griegos y fenicios, y se integran en el nuevo ambiente surgido con el orientalizante.

La presencia de extranjeros se amplía con otros elementos no necesariamente dedicados a la artesanía. Hace un momento hacía referencia a la leyenda sobre el griego Demarato, noble personaje corintio que se estableció en la ciudad etrusca de Tarquinia integrándose perfectamente en su estructura social. Este episodio se repite a continuación en el caso del propio hijo de Demarato, llamado Lucumo, quien igualmente abandona su patria y se dirige a Roma, donde tras cambiar su nombre etrusco por el latino de Lucio Tarquinio, llegó a ser rey de la ciudad. Estas dos tradiciones, engarzadas por los autores antiguos en un mismo relato, nunca llamaron la atención de los investigadores hasta que fueron relacionadas con nuevos

datos epigráficos. Siempre sobre objetos de prestigio, se han encontrado en diversos lugares de Etruria (Tarquinia, Caere, Vulci) inscripciones en las que se mencionan a individuos de origen extranjero que han etrusquizado su nombre, como los griegos Hipucrates y Telicles y los latinos Phapenas y Hustileia, denunciando con ello su origen noble y su integración en las sociedades aristocráticas de estas ciudades etruscas. El hecho tiene una gran significación, pues como se ha demostrado a partir de estos datos (C. Ampolo), existía una movilidad social, prevalentemente horizontal, en virtud de la cual elementos distinguidos procedentes de otras regiones eran admitidos en condiciones de igualdad por las aristocracias receptoras, pasando a participar como uno más de los beneficios de su nueva patria.

Sin embargo, la importancia del fenómeno tan sólo podemos percibirla muy superficialmente, pues los datos de que se disponen son escasos y prácticamente sólo hacen referencia a la clase aristocrática. Se puede suponer con cierto grado de certeza, y la ya mencionada presencia de artesanos parece confirmarlo, que la riqueza generada por determinados centros etruscos debió haber actuado como polo de atracción sobre el excedente demográfico de otras regiones de Italia e incluso de aquellas partes de Etruria menos desarrolladas; pero las formas de integración de estos sectores menos favorecidos no fueron sin duda alguna tan simples como la de los nobles, no estando exenta cualquier forma de dependencia. De todas maneras, dos conclusiones parecen surgir con cierta claridad: por una parte, la solidaridad existente entre las clases dirigentes de las diferentes comunidades, etruscas y extranjeras; y en segundo lugar, el crecimiento demográfico que experimentan los centros etruscos más desarrollados y que caracterizará la conformación de uno de los aspectos más importantes del orientalizante: el nacimiento de los núcleos urbanos.



Palacio de Acquarossa

V. Las ciudades etruscas

Los antiguos griegos y romanos tenían una idea muy precisa de la urbanística etrusca, según la cual la fundación y organización de la ciudad obedecía a unos rígidos imperativos religiosos. Tal planteamiento contiene un fondo verídico, pues los etruscos se preocuparon de estas cuestiones y elaboraron al respecto unas normas que incluyeron en su literatura sagrada. Según dice Festo, los *libri rituales* etruscos comprendían, entre otras cosas, «las prescripciones relativas a la fundación de las ciudades, la consagración de los altares y de los templos, la inviolabilidad de las murallas, las leyes relativas a las puertas» (358 L). En su conjunto, tales preceptos constituían el denominado *etrusco ritu* y se creía que la misma Roma había sido fundada según esta normativa, y aunque esto no responde a la verdad, sí lo es por el contrario el que posteriormente Roma hiciera suyos tales principios aplicándolos a sus fundaciones coloniales. He aquí una síntesis de este ritual de fundación: después de haber consultado a la divinidad sobre la conveniencia del acto a realizar, un sacerdote orientaba la futura ciudad delimitando los puntos cardinales, con lo cual trazaba las dos vías principales, el *kardo* y el *decumanus*, orientados de norte a sur y de este a oeste respectivamente; a continuación seguían las operaciones de la *limitatio*, durante las cuales el fundador, con un vestido ritual, iba abriendo un surco mediante un arado de bronce arrastrado por un toro y una vaca, marcando así el contorno de las murallas, y levantaba el arado para señalar la ubicación de las puertas; el resto de las calles se trazaban a cordel paralelas al *kardo* y el *decumanus*, dibujando un sistema ortogonal.

Naturalmente ninguna ciudad de la Etruria propiamente dicha nació mediante la aplicación sistemática de esta preceptiva, ya que no deben su origen al acto voluntario de un fundador, sino que son el resultado de un largo proceso evolutivo que hiende sus raíces en el protovillanoviano: ni las condiciones geográficas ni las históricas permitían una fundación de estas características. Los principios urbanísticos etruscos tienen un origen relativamente reciente, en ningún momento anterior a mediados del siglo VI, y surgieron como consecuencia de un esfuerzo de racionalización tendente a conseguir una planificación ideal del mundo terreno, reflejo del cosmos divino, y aunque se ha propuesto una influencia griega, la concepción última de tales principios reposa sobre la mentalidad que del mundo poseía el pueblo etrusco.

Las ciudades se forman en Etruria

a partir de los antiguos núcleos villanovianos. Lógicamente no todos entre estos últimos alcanzarán el estado urbano, sino que la oposición entre aquéllos con mayores posibilidades económicas y otros más empobrecidos va marginando poco a poco a los que no pueden mantenerse. Como consecuencia de ello unos cuantos centros emergen sobre los restantes asumiendo un evidente carácter de superioridad demográfica y económica sobre áreas territoriales bastante amplias, y en este proceso la influencia del factor externo no se puede dejar de percibir.

Los lugares donde surgen las ciudades suelen ser una especie de pequeñas mesetas, limitadas por cursos de agua que con el paso del tiempo habían excavado unos barrancos que servían de protección a los poblados. Aquéllos situados en las proximidades del mar no se asoman sin embargo directamente a sus orillas, sino que haciendo buena la teoría platónica, se mantenían a la suficiente distancia del mar para no sufrir sus peli-



Etruria

gros, pero al mismo tiempo lo suficientemente cerca para aprovecharse de sus ventajas. La razón de esta constante —tan sólo Populonia era costera— se encuentra en una mejor explotación de los recursos naturales y ya desde el villanoviano los núcleos de población más desarrollados preferían una situación interior. Estas mesetas no estaban ocupadas por un único poblamiento, sino que simultáneamente existían diversas aldeas que aún compartiendo una comunidad de intereses, mantenían cierta autonomía entre ellas, dirigidas cada una por sus respectivas aristocracias. Sin embargo no todas las aldeas tenían la misma vitalidad, de manera que las más potentes van imponiendo poco a poco su impronta atrayendo hacia sí el conjunto de la energía dispersa. En conclusión, el origen de la ciudad en Etruria es sinecístico y nuclear al mismo tiempo, sinecístico, porque resulta de una unión entre diferentes poblamientos, y nuclear porque el movimiento viene impulsado por algunos de ellos.

La urbanización no se produjo simultáneamente en toda Etruria, ni tampoco es un fenómeno puntual. Respecto a esto último es interesante observar cómo la definición última del aspecto urbanístico de una ciudad no se produjo de golpe, sino que en muchos casos la fijación del perímetro urbano no se consigue sino hasta el siglo V a.C., cuando la ciudad era tal doscientos años antes. El fenómeno de la urbanización alcanzó primero a la Etruria meridional, que gracias a su mayor desarrollo económico logró este estado a mediados del siglo VII; por el contrario la Etruria interna presenta cierto retraso, no creando sus ciudades sino hasta un siglo más tarde. En general puede afirmarse que en las postrimerías del siglo VI en todo el territorio de la Etruria histórica la ciudad se había ya constituido.

A continuación vamos a ver cuáles eran las ciudades y principales centros etruscos, aunque sin entrar en una descripción pormenorizada de las mismas, limitándonos tan sólo a algunos aspectos concretos como la situación, el territorio y los recursos económicos. Para ello vamos a seguir un orden geográfico, distinguiendo entre las tres áreas fundamentales que ya veíamos al hablar del villanoviano, a saber Etruria meridional, Etruria septentrional y Etruria interna, aunque conscientes de que tal división no supone una total conjunción de factores geográficos, históricos, económicos y culturales.

1) Etruria meridional

Esta sección está compuesta por los territorios históricos de Caere, Tarquinia, Vulci y Veyes, a los que habría que añadir otras dos áreas de transición entre la Etruria meridional y la septentrional e interna, el *ager Caletranus* y el Viterbese respectivamente, más una tercera, la región falisco-capenate, que no siendo propiamente etrusca gravitaba sin embargo de una manera total hacia Veyes, que a la larga casi consiguió etrusquizarla por completo.

Veyes (lat. *Veii*) marca con su territorio el límite meridional de la Etruria histórica. La ciudad se situaba sobre un altoplano limitado por dos cursos de agua, constituyendo el mayor núcleo etrusco en extensión (190 Ha). Durante el villanoviano el núcleo veyense era de los más desarrollados de Etruria, iniciando un proceso de urbanización a finales del siglo VIII que culminó en el siguiente. El territorio de Veyes estaba limitado por los ríos Tíber y Arrone y un sector costero determinado por la desembocadura de estos dos ríos; hacia el norte limitaba con el área falisco-capenate, sobre la cual Veyes nunca llegó a ejercer un poder político efectivo, pero siempre la mantuvo bajo un estrecho control económico y cultural. Veyes alcanzó un momento culminante en

la segunda mitad del siglo VIII, cuando junto con Tarquinia, determinó con su influencia el aspecto cultural del Lacio. Pero a partir del ascenso de Caere, su estrella comenzó a eclipsarse, decadencia que se vio acelerada por los conflictos que mantuvo con Roma, cuyos territorios eran colindantes, y que serían la causa de su destrucción a comienzos del siglo IV a.C. Marginada de los yacimientos mineros, Veyes basó su desarrollo económico en el comercio, especialmente el de la sal (las salinas de la desembocadura del Tíber fueron causa de enfrentamiento con Roma), y en la explotación agraria, muy desarrollada en territorio veyense, como lo demuestra la gran cantidad de canales que fueron la admiración de griegos y romanos. Por todo ello, la aristocracia de Veyes no muestra esa riqueza que aparece en su vecina Caere y se encontraba mucho más ruralizada.

Caere es la más meridional de las ciudades marítimas. *Caere* es el nombre romano de la ciudad, llamada por los etruscos *Cisra* y *Agylla* por los griegos, y corresponde a la localidad moderna de Cerveteri. Se eleva sobre una colina, en la confluencia de dos arroyos, que la separaban de sus principales necrópolis. Los primeros signos de ocupación se elevan al siglo IX a.C., iniciando una fase de continuo crecimiento que llevará a la configuración urbana a mediados del siglo VII. El territorio ceretano no era muy extenso, pero sí floreciente, abarcando la región comprendida entre el río Arrone, el lago Bracciano y los montes de la Tolfa. La ciudad no se encontraba directamente en el mar, sino un tanto retirada hacia el interior, pero las relaciones marítimas las mantenía a través de tres puertos: *Alsium*, *Punicum* y *Pyrgi*. Este último era el más importante, y también el mejor conocido por nosotros, aunque no el más próximo a Caere, con la que le unía una calzada muy transitada. Los recursos de esta ciudad eran de tres tipos, agrícolas, artesanales y minerales, basados estos últimos en el dominio de los montes de la Tolfa, siempre motivo de disputa con su vecina Tarquinia. Durante la última fase villanoviana Caere se situaba en una posición secundaria, frente a la mayor potencia de Veyes y Tarquinia. Pero con el Orientalizante la ciudad despertó rebasando a sus vecinas, como lo prueba la enorme riqueza acumulada por la aristocracia ceretana, el dinamismo de su industria y las estrechas relaciones que mantenía con potencias extranjeras, como Roma, Cartago y el mundo griego: a este respecto es interesante señalar que Caere era la única ciudad «bárbara» junto con Spina que poseía un tesoro en el célebre santuario panhelénico de Delfos (Estrabón, V.2.3).

Inmediatamente a continuación del territorio ceretano se encontraba el de Tarquinia (*Tarchuna* en etrusco, *Tarquinii* para los romanos). Esta ciudad se situaba en un contexto geográfico similar al de los anteriores, formándose a partir de tendencias sinecísticas entre diversos poblamientos que ocupaban el lugar. Durante el período villanoviano Tarquinia se constituyó como el principal centro tirrénico: los productos minerales de la Tolfa entraban en los circuitos mediterráneos a través de Tarquinia, al tiempo que servía de intermediario en las rutas hacia el interior. Este predominio se manifestó en ciertas reivindicaciones históricas e ideológicas perpetuadas en sus tradiciones. Así, Tarquinia era considerada como la metrópoli de la nación etrusca y su héroe epónimo, Tarchon, decía ser hijo de Tirreno y colonizador de parte de Etruria; otra tradición hacía del profeta Tages el fundador de Tarquinia, revelando doctrinas que fueron el fundamento de la religión etrusca. Sin embargo, y al igual que sucedió con Veyes, el rumbo de Tarquinia varió con el encumbramiento de Caere, que al apoderarse de la Tolfa le privó de una im-

portante fuente de riqueza. A finales del siglo V. a.C. Tarquinia recuperará parte de la hegemonía perdida. Aunque con una manifiesta vocación marítima, esta ciudad tampoco se encontraba al borde del mar, sino un tanto retirada, disponiendo en Gravisca de un puerto. Esta última localidad fue muy activa a lo largo del siglo VI, detectándose una importante presencia griega que dio notable impulso al comercio tarquiniense, hasta que la crisis comercial etrusca del siglo V redujo a mínimos su actividad.

Vulci (etr. *Velch-*) es otro de los grandes centros etruscos arcaicos. Situada sobre una pequeña meseta a orillas del río Fiora, se encuentra asimismo en una posición marítima pero un poco alejada del mar, disponiendo de un puerto, Regisvillae, situado cerca de la desembocadura del Fiora. Vulci era un importante centro villanoviano, pero se eclipsó durante el orientalizante. El siglo VI asiste a un repentino y extraordinario auge de la ciudad, que se convierte en uno de los grandes polos del desarrollo etrusco gracias a una vida económica muy diversificada, como lo muestra la importante industria del bronce y la presencia de enormes cantidades de cerámica griega, prueba evidente de su intensa actividad comercial. El territorio de Vulci limitaba con el de Tarquinia en el río Arrone y trató de extenderse hacia el norte y hacia el interior, utilizando sobre todo el valle del Fiora como vía de penetración: la arqueología y los testimonios literarios testimonian esta expansión de la influencia vulcense por el interior de Etruria durante el siglo VI.

La región situada entre el bajo Tíber y los montes Cimini y Sabatini, pese a encontrarse dentro de los límites naturales de Etruria, estaba poblada por gente de etnia y lengua latinas,



Reconstrucción del interior de una casa.
(Tumba de la Alcoba. Cerveteri)



Personaje de la Tumba de los Leopardos.
(Tarquinia)

pero cultural y políticamente etrusquizadas. Era la región falisco-capenate, así denominada por las dos principales ciudades que comprendía, Falerii y Capena. Esta última está más al sur y tuvo una historia bastante oscura, basculando siempre hacia su vecina etrusca Veyes; en su territorio se encontraba el santuario de Feronia (el *lucus Feroniae*), importante lugar de encuentro de comerciantes etruscos, faliscos, sabinos y latinos. Falerii era la ciudad más importante de toda la región y hundía sus orígenes en la etapa final del protovillanoviano; a partir de mediados del siglo VI a.C. la ciudad comienza a despuntar, alcanzando sus momentos más prósperos en el siglo IV. Otros centros destacados de la región eran Narce, que alcanzó cierta importancia en el siglo VII, y Nepi y Sutri, ciudades cuyo origen falisco no está claro pero que en todo caso fueron fuertemente etrusquizadas. A pesar de su originario carácter latino, todas estas ciudades combatieron siempre al lado de Veyes en las guerras que esta última mantuvo con Roma; la victoria de ésta sobre Veyes propició la caída inmediata de Capena, Nepi y Sutri. Falerii conservó su independencia hasta su destrucción por parte de los romanos en el año 241 a.C.

La zona del Viterbese recibe también el nombre de región de las tumbas rupestres, por la peculiar estructura de sus necrópolis, excavadas en la roca. Tiene sus principales centros en Viterbo, Blera, Norchia, Castel d'Asso y Tuscania. Sus fuentes de riqueza se centraban en la agricultura, con un complemento en las explotaciones metalíficas; la zona era asimismo importante en las relaciones comerciales, pues era paso obligado en las comunicaciones entre la Etruria meridional y la interna, así como en aquéllas que unían el norte con el sur de Etruria. En la región nunca llegó a cuajar un centro urbano de la importancia de las grandes ciudades marítimas, existiendo tan sólo núcleos de carácter mediano y pequeño dominados por aristocracias rurales. Por todo ello la zona siempre fue lugar de enfrentamiento más o menos abierto entre las potencias que la circundaban (Tarquinia, Vulci, Caere, Veyes y Volsinii), que intentaban extender hacia allí su área de influencia e incluso de completo dominio político por su excepcional importancia estratégica.

Hacia el norte, entre Vulci y la Etruria septentrional se encuentra el llamado *ager Caletranus*, definido por el valle del Albegna y el alto curso del Fiora. Sus centros principales estaban en Marsiliana, Saturnia, Sovana, Poggio Buco y Castro, con un desarrollo económico vinculado sobre todo a la agricultura, gozando la parte más interior de ciertas ventajas comerciales y algunas zonas concretas con posibilidades minerales. La zona tuvo gran importancia entre los siglos VII y VI a.C., hasta que la mayor potencia de Vulci consiguió imponer su influencia, en ocasiones no sin conflicto.

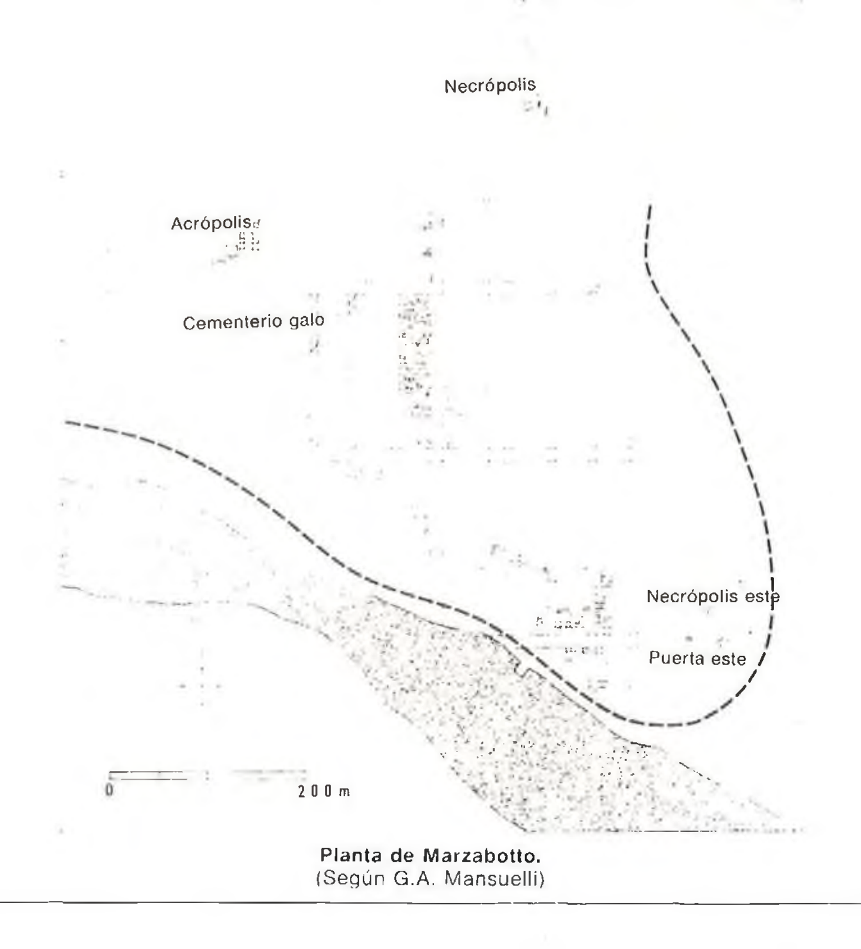
2) Etruria septentrional

Esta región comprende los territorios de Rusellae, Vetulonia, Populonia y Volterra. No obstante en ella hay que situar también toda la zona dominada por el río Arno, auténtica frontera del mundo etrusco hacia el norte; pero su sección oriental, aquélla dominada en la actualidad por Florencia, donde se concentraban las rutas para pasar a la zona de Bologna y al valle del Po, la presencia etrusca se hizo sentir desde sus comienzos, rebasando el límite del río Arno.

Al norte de la desembocadura del río Albegna se encontraba en la antigüedad una laguna marítima, el *lacus Prilius*, ocupado en la actualidad por el área de Grosseto y limitado por los ríos Ombrone y Bruna, cuyos aportes aluviales determinaron precisamente la desecación del lago. Este estaba

dominado por dos ciudades, Vetulonia al norte y Rusellae al sur. Vetulonia (etr. *Vatluna*) ofrece restos de época villanoviana y alcanzó en el siglo VII y primera mitad del VI un notable desarrollo, como lo muestra la riqueza de sus tumbas orientalizantes; su principal factor de desarrollo se centraba en la explotación de las minas del Massetano. A partir de mediados del siglo VI la ciudad parece que entró en una fase de regresión económica, siendo en todo superada por su vecina Rusellae, que se convirtió en la auténtica protagonista de la región al concentrar en su seno la mayor parte de los recursos existentes.

Populonia (etr. *P. pluna*, lat. *Fufluna*) era la única ciudad etrusca situada directamente en el mar; sin embargo su topografía no era muy diferente en sí misma a la del resto de las ciudades etruscas, pues se encontraba sobre un promontorio de no fácil acceso, con el puerto a los pies del mismo. Populonia fue sin duda el gran centro de la metalurgia etrusca, dominando los grandes yacimientos de la Catena Metallifera y de la isla de Elba, situada frente a la ciudad. Testimonio de esta actividad son los restos del barrio industrial y la gran cantidad de escorias, todavía reutilizadas en épocas recientes. En un principio Populonia se dedicó a la industria del cobre y del bronce, pero a partir del siglo VI la siderurgia, basada en la explotación de las ricas minas de Elba, se convirtió en la actividad más productiva, haciendo posible que la ciudad



Planta de Marzabotto.
(Según G.A. Mansuelli)

conservara su prosperidad cuando la Etruria meridional experimentaba cierta depresión económica.

El mayor centro urbano de la Etruria nord-occidental fue Volterra (etr. *Velathri*, lat. *Volaterrae*), situado en el interior, en la confluencia de los valles de Cecina y del Era, sobre un macizo abrupto. Volterra eleva su origen al siglo IX, pero durante mucho tiempo fue un centro de caracter menor, no alcanzó su verdadero desarrollo urbano hasta el siglo IV a.C., cuando a su tradicional actividad agrícola unió la explotación de yacimientos metalíferos y de canteras de piedra, con una vocación artesanal bastante señalada. Parece que fue entonces cuando se sitúa la gran expansión de Volterra hacia el mar y el valle del Arno, llegando a alcanzar el Fiesolano. Esta última región, con Artimino, Sesto Fiorentino y Fiesole (etr. *Visul-*) parece haber sido durante el orientalizante dominio de grandes familias, con base esencialmente agraria y cuya riqueza puede todavía contemplarse en las grandes tumbas de cúpula encontradas en la zona.

3) Etruria interna

Para su mejor estudio, este sector podemos dividirlo en dos áreas principales: por una parte, aquélla comprendida por los territorios históricos de Chiusi y de Volsinii, y por otra la constituida por Perugia, Cortona y Arezzo. La primera es más antigua, participa activamente en la historia de la Etruria arcaica y se relaciona con otras regiones de Etruria. Por el contrario, la segunda, definida por el curso superior del Tíber, es zona fronteriza, más alejada de los grandes centros difusores de civilización de la costa y por ello con un ritmo de desarrollo mucho más lento, no incorporándose sino hasta fecha relativamente tardía en los avatares históricos del conjunto de Etruria.

En cuanto a Volsinii (etr. *Velzna*), existen algunas dificultades para su localización. La escuela etruscológica francesa (Bloch, Hus) prefiere en general situarla en las proximidades de la moderna Bolsena, junto al lago de este nombre, en base a las excavaciones realizadas por franceses en esta área y que han demostrado la continuidad de poblamiento desde el villanoviano. Por su parte, los investigadores italianos —y los hechos parecen darles la razón— se inclinan más favorablemente por Orvieto, al este de Bolseno, también con restos villanovianos y con una secuencia arqueológica muy en consonancia con los datos conocidos por la tradición. La localización de Bolsena correspondería a *Volsinii Novi*, fundación romana tras la destrucción de *Volsinii Veteres* en el siglo III a.C., fecha en que precisamente se detiene la información arqueológica en Orvieto. Esta última se encuentra situada en una colina abrupta, con un único acceso natural, cerca de la confluencia de los ríos Chiana y Paglia. Su principal recurso lo constituían la agricultura, pero también hay que tener presente su posición en el contexto comercial de Etruria, lo que explica su interés por el control de la región de las tumbas rupestres en el conflicto con las ciudades meridionales. Volsinii jugó un papel de cierta importancia en la historia de Etruria, puesto que fue la última ciudad etrusca que resistió la conquista romana; por otra parte, se supone que era en su territorio donde se encontraba el *Fanum Voltumnae*, santuario sede de la confederación nacional etrusca.

La ciudad de Chiusi, llamada por los etruscos *Clevsi* y *Camars* y por los latinos *Clusium*, se alzaba sobre una altura limitada por los ríos Chiana y Astrone. La región reunía pocas condiciones para el crecimiento urbano, pero sí para una gran expansión suburbana, favorecida por una excelente tierra de labor que condicionó la vocación económica de sus habitantes. Por ello Chiusi era una ciudad

bastante pequeña y su territorio albergaba grandes y numerosos centros agrícolas. La situación de Chiusi contaba con una gran ventaja, como el control del Val di Chiana, la principal arteria de la Etruria interna. Esto favoreció el desarrollo de otras actividades económicas, como el comercio y el artesanado, y propició el desarrollo de la ciudad, la cual aunque a través del intermediario costero, recibió asimismo la influencia y los productos griegos. Chiusi alcanzó su apogeo a finales del siglo VI y en el siglo V a.C., interviniendo en los asuntos meridionales (recordados por la tradición de Porsenna) y en la colonización del valle del Po.

La región más oriental e interna de Etruria, limitada por los altos valles del Chiana y del Tíber y por el lago Trasimeno, puede considerarse como la más atrasada. Aquí la arqueología protohistórica y arcaica es más pobre respecto a los otros centros de la Etruria interna y la urbanización llegó en fecha relativamente tardía, en todo caso nunca antes de las postrimerías del siglo VI a.C. Pero si la arqueología es pobre, ya no puede decirse lo mismo respecto a sus tradiciones, sobre todo referente a Cortona, que poseía varias leyendas sobre su fundación haciendo siempre referencia al mundo mítico y heroico griego. Esta ciudad, llamada por los etruscos *Curtun*, se levantaba sobre una elevada colina dominando el Val di Chiana; la arqueología muestra que la zona fue ocupada desde el siglo VII, pero hasta el siglo V la ciudad no llegó a ser definida, quizás por influencia de Chiusi. En cuanto a Arezzo, la *Arretium* de los romanos, se encontraba más al norte de Cortona, instalada en una altura donde el Valle del Chiana se unía al del Arno. Al igual que Cortona, Arezzo basaba su desarrollo en las explotaciones agrícolas, y su situación geográfica le proporcionaba además ciertas ventajas comerciales en el tránsito hacia Fiesole y la Italia septentrional. Finalmente Perugia se presenta como la ciudad más importante de este conjunto; situada sobre una altura, ocupa una posición de fuerza frente a los umbros, que poblaban la otra orilla del Tíber. La arqueología muestra la existencia, a través de las tumbas, de poderosas familias que controlaban los recursos de la región. Durante el siglo IV a.C. Perugia se convierte en el principal centro del norte del Tíber, pero al igual que las otras, no juega un papel histórico de importancia hasta la época romana.



Populonia. Tumba de Cista

VI. Líneas de historia etrusca

Los etruscos era un pueblo muy fatalista. Tenía una conciencia muy desarrollada sobre el destino y su ineluctable determinación sobre la vida del hombre, tomado tanto individual como colectivamente. Por ello sabían que su historia, su propia vida como pueblo, tenía un comienzo y un final, que todo estaba previsto y que nada podía intentarse para variar el curso de los acontecimientos. Los etruscos poseían una cosmogonía según la cual el mundo habría de durar doce mil años, de los cuales los seis últimos milenios correspondían a la historia del hombre; Etruria disponía de una parcela de este tiempo, en concreto diez siglos (*saecula*), al término de los cuales se produciría la desaparición de este pueblo. Un escritor romano del siglo III d.C., Censorino, nos dice qué era el *saeculum*, ya que no se trataba de un período de cien años, sino de «la más larga duración de la vida humana delimitada por el nacimiento y la muerte» (Censorino, *De die natali*, 17.2), definición tomada de los propios libros rituales etruscos. Estos últimos informaban además de los signos enviados por la divinidad que marcaban el final de un *saeculum* y el comienzo del siguiente. A partir de todos estos datos se ha intentado reconstruir un cuadro cronológico, expresión del tiempo histórico del pueblo etrusco; pero las dificultades son prácticamente insuperables, ya que se parte de un hecho en sí mismo inseguro, como son los signos mostrados por la divinidad, dato extraordinariamente manipulable a efectos políticos.

Sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes, el hecho en sí permanece con toda su validez, esto es el sentido extraordinariamente fatalista que los etruscos tenían de su propia historia, de que había tenido un comienzo, que ellos situaban en torno al año 1000 a.C., y que necesariamente tenía que tener una muerte, que vendría a coincidir con el siglo I d.C. En las páginas anteriores hemos tenido ocasión de ver el nacimiento y los primeros pasos de la historia etrusca. Vamos a entrar ahora en el camino que nos conducirá a su final.

1) La «expansión» etrusca

Cuando los escritores antiguos, tanto griegos como latinos, hablaban sobre los etruscos, constituía un lugar común en sus obras decir que este pueblo había dominado en Italia con anterioridad a la conquista romana, prácticamente desde la época de la guerra de Troya, y que su poderío se extendía desde los Alpes hasta la punta meridional de la península Itálica. Estas afirmaciones generales se precisan con

mayor fuerza a propósito de dos regiones concretas de Italia, la Campania en el sur y la llanura del Po en el norte, para las cuales todos los autores antiguos invocan siempre un origen etrusco. Así, respecto a la llanura padana, una tradición atribuía a Tarchon, héroe epónimo de Tarquinia, la fundación de las doce ciudades que componían la clásica dodecápolis de esta región, mientras que otros hacían de Aucnus, hijo del rey Aulestes de Perugia, el fundador de Bologna y de Mantua; algo similar encontramos para los orígenes de Campania, cuyas principales ciudades pretendían tener asimismo un antepasado etrusco.

Los nuevos datos arqueológicos y epigráficos, fundamentalmente estos últimos, vienen a corroborar en sus grandes líneas el testimonio de la tradición, confirmando una extensión de la cultura etrusca en esas dos regiones mencionadas, hasta tal punto que es completamente lícito hablar de una Etruria padana y de otra campana, con unas características culturales y políticas en nada diferentes a las de la Etruria propiamente dicha. El problema se plantea a la hora de determinar cómo se llevó a cabo esta «etrusquización», si mediante una conquista militar o por el contrario a través de un proceso colonizador. Parece que la primera causa hay que excluirla, pues es de todo punto impensable una colaboración de todas las ciudades etruscas, caracterizadas tradicionalmente por su desunión, para acometer una empresa de esta envergadura, la cual es además imposible de cumplir por cualquiera de las ciudades individualmente con sus propios recursos. La colonización se presenta en la actualidad como el medio más idóneo para la explicacion de este fenómeno. Anteriormente hemos visto cómo en época villanoviana los portadores de esta cultura demostraron su dinamismo y vitalidad rebasando los límites geográficos del protovillanoviano e instalando nuevos núcleos extra-etruscos en diversas regiones de Italia; algunos sucumbieron ante la presión de las culturas circundantes, pero otros —el de Campania y el de Emilia— continuaron con un desarrollo paralelo al de Etruria integrándose en una misma dinámica cultural. Las necesidades agrícolas y posteriormente también las comerciales sirvieron de motor en este proceso.

Antes de comenzar con la exposición de las diferentes directrices de expansión etrusca, conviene detenerse momentáneamente en el caso del Lacio, ya que sobre todo para aquellos partidarios de una conquista militar de Campania por parte de los etruscos, como paso previo e imprescindible se admite que el Lacio, Roma incluida, fue asimismo objeto de dominio por parte etrusca. Nada más lejos de la realidad, pues no se puede confundir influencia cultural con conquista militar. Etruria era una de las regiones de Italia más desarrolladas ya desde época villanoviana y su enorme dinamismo no dejó de influir a los pueblos vecinos: lo hemos visto en el caso del área falisco-capenate, geográficamente inserta en el mundo etrusco; igualmente se puede hacer extensible a los pueblos umbros situados inmediatamente al otro lado del Tíber, como fehacientemente lo demuestran la arqueología y la epigrafía. El caso del Lacio se sitúa en la misma dinámica aunque ciertamente con una fuerza superior por la proximidad geográfica a los principales focos de irradiación cultural etrusca de la región meridional. Como habrá ocasión de ver en el lugar correspondiente, la cultura protohistórica lacial bascula fundamentalmente hacia los ambientes culturales de la Etruria meridional, pero conservando siempre una independencia manifiesta. El Lacio fue deudor de Etruria por muchos elementos que contribuyeron decisivamente en su desarrollo, pero existe una prueba decisiva de la independencia latina: al contrario de lo que

sucedió en Campania y en la llanura padana, donde la lengua etrusca se convirtió en la «oficial», en el Lacio nunca se habló el etrusco, y aunque la epigrafía documenta la presencia de destacados individuos etruscos —uno de ellos, L. Tarquinio, llegó incluso a ser rey de Roma—, ello se explica por la movilidad social característica de la *koiné* etrusco-latina según hemos visto en un capítulo anterior, sin necesidad de acudir a la conquista militar, cuya historicidad nunca ha sido probada.

a) Los etruscos en Campania

Según la tradición antigua, transmitida esencialmente por Estrabón (V.4.3), Campania estaba en un principio habitada por pueblos oscos, quienes fueron expulsados por los cumanos y éstos a su vez por los etruscos; todos ellos deseaban establecerse allí por la fertilidad de la tierra; a continuación los etruscos fundaron doce ciudades y situaron su capital en Capua, pero como consecuencia de su estilo de vida relajado y sensual, debieron ceder la región a los samnitas. En unas cuantas frases, Estrabón nos proporciona un excelente resumen de la historia de Campania. El primer dato hace referencia al mosaico étnico-lingüístico de la región, hecho que se ve confirmado por la historia y por la epigrafía: en efecto, las primeras inscripciones conocidas indican gente que hablaban dialectos itálicos, mientras que la presencia griega viene determinada desde mediados del siglo VIII por la fundación calcidia de Cumas. Incluso los centros etruscos no ofrecen todos las mismas características.

Si tomamos como ejemplo los dos más importantes, Capua y Pontecagnano, las diferencias son manifiestas: situada en el interior, en el centro de la llanura campana, Capua adquiere el carácter de entidad agrícola, con unas relaciones con los griegos intensas al principio pero luego discontinuas e incluso bélicas; por el contrario, Pontecagnano, vecina al mar, presenta una vocación más comercial y un fuerte contacto con el mundo griego.

En segundo lugar, Estrabón nos habla también de la constitución de una dodecápolis, creada a imagen y semejanza de la que existía en la propia Etruria. Esta tradición corresponde al momento de mayor intensidad de la presencia etrusca en Campania, que viene acompañada de importantes aportaciones para el desarrollo de la región, y que puede fecharse a partir del siglo VI a.C. Es entonces cuando comienzan a documentarse las inscripciones etruscas en número creciente. Primero en los núcleos costeros y a finales de siglo en los interiores; las diferencias epigráficas entre una y otra zona son indicativas en las diversas áreas «colonizadoras», pues la escritura costera es afín al modelo vulcentetarquiniense, mientras que la interior se aproxima al veyense-ceretano. Simultáneamente se produce la urbanización, más precoz en la zona costera que en la interna: la definición urbana de Pompeya se cumple a mediados del siglo VI, mientras que en Capua no ocurre lo propio sino hasta finales del mismo siglo.

Siguiendo con el texto de Estrabón mencionado, este autor nos proporciona también noticias sobre la vida económica y social, incidiendo en la riqueza agrícola de la llanura campana y en la *tryphé* de sus pobladores, indicando con ello la existencia de una clase oligárquica, que basaba su poder en el dominio de la tierra y cuya existencia se confirma por otras fuentes. Pero la agricultura no constituía la única fuente de riqueza de los etruscos campanos. Tanto en Capua como en Pontecagnano destacaban talleres artesanales muy diversificados (decoraciones arquitectónicas, cerámica, metalurgia), en los cuales no

sólo se seguían las pautas marcadas por Etruria, sino que su producción se enriquecía gracias a la influencia directa de los griegos. En último lugar destacan las actividades comerciales, de gran importancia en los núcleos situados en la costa, en estrecha relación con la llamada «talasocracia» etrusca. Pero también existía un comercio terrestre, y no de menor importancia, que se servía de unas rutas que a través del Lacio unían Etruria con Campania, las futuras vías romanas Appia y Latina; por otra parte, existían también fuertes vínculos con las ciudades griegas asomadas al golfo de Tarento, especialmente con Síbaris, con las cuales enlazaban a través de rutas interiores.

Las relaciones greco-etruscas en Campania adquirieron un carácter especialmente tenso en la oposición mantenida entre Capua y Cumas: hacia 525 a.C. los etruscos intentaron apoderarse violentamente de Cumas, pero fueron rechazados; esto no impidió sin embargo que pocos años después la aristocracia cumana, teniendo que abandonar su ciudad tras el acceso al poder del tirano Arstodemo, fuese acogida en Capua y apoyada por la propia nobleza etrusca para restituirle el poder. Las ciudades costeras vieron trastocadas un poco más tarde sus relaciones con los griegos por motivos más internacionales, como luego veremos, culminando con la derrota de la escuadra etrusca ante Cumas por el tirano Hierón de Siracusa en el año 474 a.C.; como resulta-



Etruria Campana

Los Etruscos en Campania

«Según otros, Campania fue primero habitada por opicos y ausonios, pasando enseguida a manos del pueblo osco de los sidicinos, quienes a su vez fueron expulsados por los cumanos y estos últimos por los tirrenos: la fertilidad de esta tierra excitaba la codicia de los conquistadores. Los tirrenos fundaron doce ciudades y dieron a su capital el nombre de Capua. Pero el lujo les hizo caer pronto en la molicie y al igual que tuvieron que retirarse de la llanura del Po, tuvieron que ceder en Campania ante los samnitas, quienes a continuación fueron expulsados por los romanos».

Estrabón V,4,3 (c.242)

do del desastre, los centros etruscos costeros de Campania sufrieron una notable depresión económica, que se complicó con la nueva fundación griega de Nápoles.

El fin de la Etruria campana tiene lugar terminando el siglo V, cuando en el año 423 a.C. gentes procedentes de Samnio conquistan Capua, corriendo la misma suerte su enemiga Cumas dos años más tarde. La nueva cultura que se desarrolla en Campania es la osca, pero fuertemente influida por la griega y la etrusca, sobre todo por la primera. Tan sólo en Pontecagnano pueden apreciarse la pervivencia de elementos etruscos vinculados a las actividades «piráticas» que todavía mantenía este pueblo en el Tirreno en el siglo IV a.C.

b) Etruscos en la llanura padana

La otra región de la península objeto de colonización etrusca fue la llanura padana, y al igual que sucede con la Campania también aquí las razones agrícolas y comerciales fueron determinantes en el proceso de etrusquización. Las relaciones entre Etruria y el norte se elevan a la época villanoviana, documentándose en el área de Bologna —precisamente en Villanova, primer centro conocido y que dio nombre a esta cultura— un importante núcleo villanoviano que en el siglo VII a.C. comienza a recibir el influjo orientalizante de la Etruria septentrional. Inscripciones del último tercio de este siglo denuncian la presencia de elementos etruscos, que a partir de esos momentos se incrementarán notablemente. A mediados del siglo VI la llanura del Po se convierte en objeto de un gran movimiento colonizador que tiene su fuente en la Etruria central, destacando al respecto el papel interpretado por Volsinii y Chiusi.

La colonización etrusca alcanza un momento culminante en las postrimerías del siglo VI a.C. con la introducción de la civilización urbana. Por una parte, los pequeños núcleos villanovianos del área de Bologna fueron unificados, naciendo el gran centro urbano de Felsina. El resto de las ciudades se crearon de la nada, sobre suelo sin poblamiento anterior, y en consecuencia sin imposición histórica alguna que determinara su concepción. Por ello la urbanización comporta en estos casos un esquema muy avanzado de planificación, surgiendo entonces esa estructura urbanística que veíamos con anterioridad y que impone a las ciudades una planta ortogonal característica: así puede observarse en las ya conocidas de Marzabotto y Spina y en el hallazgo más reciente de Bagnolo San Vito.

Poco a poco la llanura padana se va configurando como un territorio perfectamente organizado, aunque probablemente el dominio etrusco no alcance los límites que le atribuía la tradición, la cual situaba aquí también una dodecápolis como la campana y la propia etrusca. El aprovechamiento económico se centra por una parte en la explotación agrícola, para la cual la llanura padana reunía excelentes condiciones, y por otra en las actividades comerciales. Estas úl-

timas se definen en un intenso tráfico que, procedente de Etruria, desembocaba a través del valle del Reno en la llanura, para dirigirse a continuación hacia el Adriático, con la correspondiente corriente inversa. Las huellas de este comercio pueden detectarse en las ciudades que jalonaban la ruta: Marzabotto, situada a orillas del Reno, eje fundamental de las comunicaciones con Etruria, ofrece gran cantidad de cerámica griega y una próspera industria metalúrgica; Felsina, la actual Bologna, recibe en el siglo V a.C. más vasos áticos que las ciudades de la Etruria meridional; Spina, fundada en el delta del Po, rival de la más antigua colonia griega de Haugria, posiblemente constituye en el siglo V el principal centro comercial etrusco de intercambio con los griegos, sobre todo con Atenas.

Todo este sistema fue amenazado e inmediatamente destruido por la invasión de los pueblos celtas en los años finales del siglo V a.C.: la destrucción de Bagnolo en estos momentos y el abandono de Marzabotto a mediados del siglo IV son síntomas evidentes de la decadencia de la Etruria padana. Tan sólo Felsina parece mantenerse, aunque en constante lucha con las tribus celtas, como lo denuncian los motivos decorativos de las célebres estelas funerarias felsineas, mientras que Spina, privada del contacto con la fértil llanura, no le queda sino dedicarse a actividades piráticas.

c) La llamada talasocracia etrusca

En este mismo capítulo sobre la expansión etrusca debemos incluir el apartado relativo a la talasocracia, esto es el dominio etrusco sobre el mar Tirreno y las relaciones con las otras potencias marítimas de Occidente, a saber griegos y cartagineses. Todo esto se encuentra lógicamente en estrecha vinculación con el comercio y con la denominada «piratería» tirrénica. Sin embargo, vamos a prescindir de los aspectos puramente económicos, que veremos más ampliamente en el capítulo correspondiente, y centrarnos en aquellos temas más de carácter político.

El origen de la actividad marinera etrusca se eleva, como ya hemos visto, a los momentos finales del villanoviano, cuando la región costera se integra definitivamente en las corrientes del tráfico internacional. A lo largo del orientalizante esta función va desarrollándose con el propio incre-

Batalla de Alalia

Después de su llegada [los focenses], vivieron cinco años en compañía de los antiguos colonos y edificaron allí sus templos. Pero como no dejaban en paz a sus vecinos, a quienes despojaban de lo que tenían, unidos de común acuerdo, los cartagineses y los tirrenos les hicieron la guerra, armando cada una de las dos naciones sesenta naves. Habiendo tripulado y armado también sesenta naves, los focenses les salieron al encuentro en el mar de Cerdeña. Se produjo un combate y se declaró la victoria a favor de los focenses; pero fue una victoria, según dicen, cadmea, por haber perdido cuarenta naves y haber quedado inútiles las otras veinte, cuyos espolones se torcieron con el choque. Después de la batalla volvieron a Alalia y tomando a sus hijos y mujeres, con todos los utensilios que las naves podían llevar, dejaron Quirnos y navegaron hacia Rhegion.

Los prisioneros focenses que los cartagineses y más todavía los tirrenos hicieron en las naves destruidas, fueron sacados a tierra y muertos a pedradas. Como consecuencia de ello, los agillenses sufrieron una gran calamidad, pues todos los ganados y hasta los hombres mismos que pasaban por el campo donde los focenses habían sido lapidados, quedaban mancos, tullidos o apopléticos. Para expiar aquella culpa, enviaron a consultar a Delfos y la Pitia les ordenó que celebrasen, como todavía lo practican, unas magníficas exequias en honor de los muertos, juegos gimnásticos y carreras de caballos.

Heródoto, I,166-167

mento comercial, de manera que a finales del siglo VII a.C. y comienzos del siguiente, justo cuando se produce el nacimiento de los *empória* etruscos, la talasocracia tirrénica es un hecho constatado. Sin embargo, este dominio etrusco del mar Tirreno no significó un claro contraste con los intereses griegos, sino que por el contrario se establece un equilibrio entre las diversas fuerzas que ni siquiera la primera presencia focense pudo alterar. En efecto, en las postrimerías del siglo VII los griegos de Focea comienzan a frecuentar las aguas del Mediterráneo occidental, culminando su acción con la fundación de Massalia, la actual Marsella, en las bocas del Ródano; a continuación los focenses van creando un rosario de establecimientos en la costa del golfo de León y con ello interfieren tradicionales rutas comerciales etruscas, pero sin crear una situación conflictiva.

El equilibrio se rompió a mediados del siglo VI, cuando se presentan los fugitivos focenses, a continuación de la conquista de su ciudad por los persas, y fundan en la fachada tirrena de Córcega la colonia de Alalia hacia el año 545 a.C. Según el relato que nos ha transmitido Heródoto (I.165-167), los focenses de Alalia se dedicaron sistemáticamente a la piratería, amenazando las rutas comerciales de etruscos y cartagineses, lo que provocó la alianza de estos últimos, culminando el episodio con la batalla del mar Sardo, la victoria de la coalición y el abandono de Córcega por los focenses, quienes se retiraron hacia el sur de la península Itálica fundando el nuevo emplazamiento de Elea/Velia. Este acontecimiento merece algunos comentarios de cierta importancia histórica. En primer lugar hay que tener presente que no se trata de una alianza entre dos bloques: la participación etrusca parece limitarse a algunas ciudades, a cuyo frente se destaca Caere, la más beneficiada luego con la colonización de Córcega. En segundo lugar el episodio no tuvo probablemente un alcance internacional, pues no afectó a las relaciones entre los etruscos y otras ciudades griegas de Occidente. La consecuencia fundamental fue sin duda la consolidación del dominio marítimo etrusco en esta parte del Tirreno, completado con el establecimiento en Alalia de una colonia etrusca a finales del siglo VI, basada en la riqueza agrícola y en las explotaciones mineras y que mantuvo un desarrollo continuo hasta la conquista romana. Otro punto interesante del relato herodoteo es la alianza etrusco-cartaginesa, a la cual también se refiere Aristóteles (*Pol.*, 1280a) al hablar de un tratado entre estas dos naciones destinado a facilitar los intercambios comerciales, pero con una cláusula de carácter defensivo ante todos aquellos que atenten contra sus intereses mutuos. Naturalmente este hecho no puede dejarse de poner en relación con otro tratado, ahora entre Roma y Cartago, fechado por Polibio en el año 509 a.C. (Polibio, III.22), toda vez que Roma mantenía estrechísimos vínculos con Caere. Finalmente en el puerto de esta última ciudad, en Pyrgi, el hallazgo de unas láminas de oro escritas en etrusco y en púnico ilustran la misma situación, pues aunque se refieran a un hecho religioso, en ningún momento pueden ocultar la existencia de un entendimiento político en los comienzos del siglo V a.C. entre Caere y Cartago.

La talasocracia etrusca en el Tirreno desaparece en la primera mitad de este siglo V. Primero choca con los piratas griegos de origen cnidio y rodio instalados sólidamente en las islas Lípari, pero es sobre todo la aparición del nuevo poder siracusano la causa de la decadencia marítima etrusca. Los años iniciales del siglo V asisten en Sicilia a unos momentos de conflictos entre las ciudades griegas, emergiendo con gran fuerza la potencia de Siracusa que acabará impo-

niendo sus condiciones. En el año 480 Siracusa vence en Himera a los cartaginenses, que dejarán de ser un peligro para sus intereses durante largas décadas, y poco años más tarde, en el 474, hace lo propio con una escuadra etrusca ante las costas de Cumas. De todos estos acontecimientos tenemos también noticias por parte etrusca que nos hablan de empresas coronadas por el éxito: así el *elogium* de Velthur Spurinna menciona una expedición militar a Sicilia, destinada probablemente a defender los intereses etruscos en esta región, y una ofrenda depositada en el santuario de Delfos certifica una victoria conseguida seguramente sobre los piratas liparenses, cuyas islas habrían sido ocupadas temporalmente por los etruscos. Esto no obstante, a partir de la derrota de Cumas, los etruscos pasan a ser una potencia secundaria en las relaciones marítimas del Tirreno, sin apenas fuerzas para oponerse a la creciente ambición siracusana, como se demostrará a mediados del siglo V a.C. en el momento en que Alalia y Elba se convierten en objetivos de los ataques de Siracusa.

2) El período arcaico

Al igual que sucedía en Grecia, Etruria no llegó nunca a constituirse en un Estado, y aunque la totalidad del pueblo etrusco tenía clara conciencia de su pertenencia a una misma raza y portador de una misma cultura, aspectos que se materializaron en algunas instituciones nacionales, el particularismo y la desunión política fueron durante la mayor parte de su historia pauta fundamental de comportamiento. Las ciudades etruscas asumen desde el momento de su consti-



Etruria Padana

Elogia Tarquiniensia de Velthur y Aulus Spurinna (según M. Terelli, con correcciones)

V[elth]ur Spur[inna]
[L]artis f(ilius)
pr(aetor) [(bis); in] magistrátu Ale[riae]
exerc[i]tum habuit, alte[rum in]
Siciliam duxit; primus o[mnium]
Eturscorum mare cu[m legione]
traie[cit; --- ---]
aure[a --- ---]

Aulus S[pu]rinna Ve[lth] ur [is f(ilius)]
pr(aetor) III; Orgoln[iu]m Velthurne [---] ensi[---]
Caeritum regem imperio expu[lit (?) ---] XI [---]
[A]rretium bello servili [---]
[---]tinis nomvem op[ida ---]
[---]

tución como tales una total independencia entre ellas, es decir que son ciudades-Estado similares en todo a las contemporáneas *póleis* griegas, y esta definición se hace también extensible a las nuevas fundaciones surgidas en el proceso colonizador de Campania y de la llanura padana.

Sin embargo, la tradición latina y griega habla con cierta frecuencia de una especie de confederación de doce ciudades etruscas (*duodecim populi, dódeka-póleis*) la cual tenía su sede en el *Fanum Voltumnae*, santuario dedicado al dios Vertumno, *deus Etruriae princeps* como le denominaba Varrón (*De lingua latina*, V.46), y situado en el territorio de Volsinii. Allí se reunían los representantes de las diferentes ciudades, y en medio de juegos y otras celebraciones religiosas de carácter panetrusco, se elegía a un rey o magistrado para que dirigiera los asuntos comunes: cada ciudad participante entregaba al elegido un *lictor*, símbolo del poder, significando con ello que reconocían la mayor autoridad de este magistrado federal. Desde luego la historicidad de esta institución nacional es innegable, puesto que además del testimonio de las fuentes literarias, contamos con la prueba prácticamente irrefutable de la documentación epigráfica, que nos muestra a través de algunas inscripciones la existencia de un magistrado titulado *zilath mechl rasnal*, esto es magistrado supremo de la nación etrusca, título que posteriormente, cuando Etruria se integró por conquista en la estructura territorial romana, aparece bajo la forma *praetor Etruriae (XV populorum)*, aunque ya privado de cualquier connotación política.

Debido a la carencia de fuentes, los problemas que plantea la confederación etrusca son muy importantes y en la actualidad se discute largamente sobre aspectos fundamentales, como su origen, composición, facultades, etc. Parece que desde fecha muy antigua, el *Fanum Voltumnae* era un lugar de culto de carácter panetrusco, cualidad que compartía con otros centros religiosos de gran importancia cuyo ámbito rebasaba ampliamente el estrecho marco local, como el llamado Ara della Regina en Tarquinia, el santuario de Menerva en el Portonaccio de Veyes y el ya mencionado *lucus Feroniae* en el territorio capenate. Todos estos santuarios se encontraban siempre fuera de las ciudades, indicando así que en ellos no se practicaban cultos cívicos, y situados en puntos estratégicos de las grandes vías comerciales, siendo por ello también lugares apropiados para la instalación de mercados y en general para la confluencia de gentes procedentes de todas las regiones. Cuándo y cómo el *Fanum Voltumnae* dio ese salto cualitativo ampliando sus originarias funciones religiosas y comerciales al campo político, es algo que ninguna fuente precisa.

La opinión dominante en la actualidad, surgida a partir de la exposición de F. Altheim, sitúa la constitución de la confederación etrusca en la segunda mitad del siglo VI a.C., cuando coincidiendo con momentos de intensas relaciones con la región griega de Jonia, se copió el modelo del *pa-*

nionion, federación de doce ciudades jonias creada para defenderse de la amenaza persa. Sin embargo, los primeros testimonios válidos al respecto se elevan a una fecha relativamente reciente (finales del siglo V-siglo IV a.C.), aunque ciertamente es probable que la confederación existiera con anterioridad. Sea como fuere, lo cierto es que la historia de Etruria durante el período arcaico está marcada por la ausencia de una política conjunta y en definitiva por el enfrentamiento entre las diversas ciudades, hechos todos que en su caso no pudieron ser impedidos por la confederación, ya que fue el resultado de los intereses particulares de las distintas ciudades, que participaron a título individual. De todas maneras, si la confederación etrusca no existía, o si se reducía simplemente a una asociación de carácter religioso, lo que parece más probable, en algunos momentos nos encontramos con alianzas entre diversas ciudades concluidas para la consecución de algún fin determinado, que una vez cumplido se disolvía, como por ejemplo la alianza que observamos en las pinturas de la tumba François de Vulci y probablemente también una que menciona Dionisio (III, 51.4) y que reunía a cinco ciudades del norte.

Los datos de que disponemos para el estudio de la evolución histórica de Etruria en este período son ciertamente parcos, pero en todo caso confirman sobradamente la impresión señalada. Por un lado tenemos las relaciones de Etruria con el mundo griego y el cartaginés, reflejadas en ese aspecto de la talasocracia que acabamos de ver, y en cierto modo también englobadas en el contexto más general de la expansión etrusca por Italia. Sobre la propia historia de Etruria disponemos como fuentes de información algunas tradiciones nacionales etruscas, lo que dicen los autores clásicos a propósito de Roma y en último lugar algunos datos proporcionados por la arqueología y la epigrafía.

Como acabo de mencionar, la Etruria del siglo VI a.C. asiste al desarrollo de las ciudades-Estado, sistema que todavía se encuentra en vías de formación, por lo cual el cuadro histórico se presenta extraordinariamente complejo. A comienzos del siglo VI los grandes centros de la Etruria meridional representan el polo más desarrollado de todo el territorio etrusco, con una estructura totalmente urbana; esta situación podemos extenderla a los importantes núcleos de la Etruria septentrional costera y asimismo a Volsinii, cuya necrópolis denuncia su urbanización; por el contrario, las regiones internas presentan todavía un panorama más ruralizado aunque no uniforme, pues Chiusi y Volterra estaban más desarrolladas que los centros de los altos cursos del Chiana y del Tíber. Ahora bien, la total definición del esquema urbano de Etruria no se comprende solamente a través de las transformaciones internas, dentro de los propios límites de las ciudades, sino que requiere necesariamente un elemento territorial, esto es el soporte económico, social y político de esa estructura urbana. Es precisamente en este contexto, en la búsqueda de una definición del aspecto territorial por parte de las ciudades, en relación siempre con los recursos naturales, como podemos situar gran parte de los escasos datos que poseemos sobre la historia de Etruria en el siglo VI a.C.

En los comienzos del siglo VI no puede hablarse todavía de auténticos movimientos de expansión, de carácter militar, por parte de las principales ciudades sobre los territorios vecinos. La documentación disponible tan sólo permite hablar de intensas relaciones culturales, en las cuales los núcleos más desarrollados interpretan el papel de dador, invadiendo con sus productos y estilos esas otras áreas más atrasadas que actúan como re-

ceptor. Tales relaciones culturales pueden interpretarse también desde una perspectiva política, pues se tiene la impresión que las pequeñas aristocracias locales entran en un sistema de alianzas, basadas seguramente en lazos matrimoniales, con las grandes familias de las ciudades. Así ocurre por ejemplo con Veyes y el territorio vecino de los faliscos, en concreto con Narce, donde la existencia de un control veyense está asegurada a través de las inscripciones etruscas sobre objetos de prestigio donados a aristócratas locales; algo similar ocurre entre Caere y la región interna del Biedano (Blera, S. Giuliano), relación atestiguada sobre todo por el material encontrado en las tumbas y la propia arquitectura de estas últimas, referido todo ello al ambiente cultural ceretano; igualmente podemos detectar fenómenos similares en la expansión de Vulci por los valles del Fiora y del Albegna, la de Tarquinia hacia la región de las tumbas rupestres y la de Orvieto hacia el lago Bolsena.

En muchas ocasiones, la extensión del área de influencia no se llevó a cabo sin contrastes, como en el caso entre Rosellae y Vetulonia, llegándose incluso a una verdadera actuación violenta, traducida en la documentación arqueológica por la existencia de estratos de destrucción en importantes localidades. Así el complejo de Murlo fue arrasado en la segunda mitad del siglo VI a.C. y probablemente la responsabilidaad de tal acontecimiento haya que atribuirla a Chiusi; por la misma época sufre idéntica suerte el palacio de Acquarossa, víctima quizás de las ambiciones de Volsinii. Una tradición etrusca, conocida por las pinturas de la tumba François de Vulci y por una inscripción del emperador romano Claudio, estudioso de la etruscología, nos informa sobre uno de estos conflictos en que se vio envuelta gran parte de Etruria en la primera mitad del siglo VI, extendiéndose además al Lacio con la intervención de Roma. En los frescos se representa un enfrentamiento entre una alianza constituida por varias ciudades (Volsinii, Sovana, Roma y probablemente Blera) y Vulci, ciudad que en esos momentos se incorpora a la dinámica de los grandes Estados etruscos y a cuyo frente aparecen los hermanos Vibenna y un personaje, llamado Mastarna (Macstrna), que luego reinará en Roma con el nombre de Servio Tulio. Mucho se ha escrito sobre este episodio y las posturas entre los investigadores están muy encontradas, pero los principales aspectos emanan por sí mismos: la causa del conflicto se centra en el dominio de la Etruria meridional interna, importantísima área desde el punto de vista comercial, y por ello luchan una ciudad costera (Vulci), otra del alto Fiora (Sovana), una tercera de la región de las tumbas rupestres (Blera), la cuarta (Volsinii) de la Etruria interna y finalmente Roma, situada a orillas del Tíber y punto de confluencia de transitadas vías comerciales. Sobre el resultado final de la contienda muy poco puede aventurarse, pero a través de la arqueología y de la tradición romana puede suponerse que Vulci consiguió parte de sus propósitos al extender su influencia por los altos valles del Albegna y del Fiora, así como por la zona en torno al lago de Bolsena; además logró situar en el trono de Roma a un rey aliado. Por su parte, las otras ciudades meridionales, Tarquinia y Caere, mantuvieron sus posiciones dominantes en la región de las tumbas rupestres.

Durante el primer cuarto del siglo V a.C. el proceso de delimitación territorial de las ciudades prácticamente se ha cumplido en su totalidad: las más poderosas han afirmado su dominio sobre amplias áreas, mientras que las más débiles se han visto relegadas a un segundo plano; por otra parte, aquéllos centros medianos y pequeños, florecientes en la primera mitad del siglo VI, se ven ahora redu-

cidos a la mínima expresión e incluso algunos de ellos desaparecen por completo. A lo ya dicho sobre las metrópolis meridionales, hay que añadir ahora la expansión y afianzamiento de Rusellae en la zona comprendida entre Vulci y Populonia, no sólo en el área costera, con claro detrimento de Vetulonia, sino también hacia el interior. Por su parte, Chiusi se levanta a finales del siglo VI como una de las grandes potencias etruscas, hecho recordado por la legendaria expedición de su rey Porsenna contra Roma, muestra de los intereses de esta ciudad en los asuntos meridionales.

Segun la opinión dominante en la actualidad, todo este proceso fue acompañado de ciertas tensiones sociales y políticas en el interior de las ciudades. La monarquía, forma habitual de gobierno, fue sustituida por un sistema «republicano», según el cual el lugar que antes ocupaba el rey lo es ahora por un magistrado elegido y no vitalicio. Sin embargo, cuándo y cómo se produjo esta transformación política son cuestiones que estan todavía muy lejos de resolverse. El primer testimonio de gobierno «republicano» lo encontramos en las láminas de Pyrgi ya mencionadas y datadas a comienzos del siglo V a.C.: en ellas aparece como protagonista del acto religioso a que se refieren un tal Thefaries Velianas, calificado como *zilath* de la ciudad en el texto etrusco, pero en el púnico como *MLK*, es decir rey, y además la inscripción se fecha en el tercer año de su gobierno, mientras



Sarcófago de Laris Pulenas. (Tarquinia)

Láminas de Pyrgi. Texto etrusco (Láminas A y B) y traducción del texto púnico según S. Moscati.

A

ita tmia icac he
ramasva vatiekhe
unialastres Hemia
sa mekh thuta thefa
riei velianas sal
cluvenias turu
ce munistas thuvas
tameresca ilacve
tulerase nac ci avi
l khurvar teśiameit
ale ilacve alśase
nac atranes zilac
al seleitala acnaśv
ers itanim heram
ve avil eniaca pul
umkhva

B

nac thefarie vel
iiunas thamuce
cleva etanal
masan tiur
unias śelace v
acal tmial a
vilkhval amuc
e pulumkh
a snuiaph

A la señora Astarté. Este es el lugar sagrado que ha construido y que ha donado Thefarie Velianas, que reina sobre Caere, en el mes del sacrificio al sol, como donación al templo. Y lo ha construido porque Astarté se lo ha pedido, en el año tercero de su reinado, en el mes de Kerer, en el día del enterramiento de la divinidad. Y los años de la estatua de la diosa en su templo sean tantos años como estas estrellas.

que el *zilath* clásico era de carácter anual. La mención de esta magistratura en la epigrafía ya no vuelve a aparecer hasta la segunda mitad del siglo V (un único caso en Felsina) y con asiduidad hasta el pleno siglo IV. Por el contrario, respecto a Veyes las fuentes literarias latinas mencionan siempre a un rey al frente de la ciudad hasta su conquista por Roma a comienzos del siglo IV a.C.

La transición habría estado marcada, según algunos autores modernos, por la aparición de unos líderes populares similares a los tiranos griegos de la edad arcaica, ejemplos de los cuales serían ese Thefaries Velianas y también los Vibenna representados en la tumba François de Vulci. Tales tiranos se apoyarían en las nuevas clases sociales surgidas con el desarrollo económico del siglo VI, dedicadas especialmente a actividades artesanales y mercantiles, y cuyo auge doblegó el orgullo de las poderosas aristocracias gentilicias del período orientalizante. Desde el punto de vista arqueológico se puede confirmar el crecimiento de esta «plebe» a través del material encontrado en los principales puertos de Etruria, como Pyrgi, Gravisca y Spina: allí se documenta una gran concentración de artesanos y comerciantes cuya vinculación a la comunidad ya no se establece mediante su subordinación a las grandes familias, como sucedía en el orientalizante, sino a través de la divinidad, representada por cultos de carácter «empórico» (Afrodita, Hera, etc.), con elementos aportados por los navegantes extranjeros, y que se levantan como garantía de la libertad de las nuevas clases (M. Torelli). La nueva situación creada tendría un reflejo inmediato en la aparición de una tendencia isonómica en la vida política de la ciudad, traducida en el marco arqueológico en la disminución de las grandes tumbas de túmulo, expresión del dominio de la aristocracia, y su sustitución por otras que obedecen a modelos más

«standard» y con una sensible reducción en el ajuar funerario.

Sin embargo, la exacta interpretación de estos datos se hace sumamente difícil, pues chocan con el testimonio unánime de la tradición literaria, que siempre se refiere a la estructura social etrusca en términos de bipolaridad, es decir marcada por una clase aristocrática dominante, los *principes*, opuesta a otra sometida, sin mención de unas clases medias que serían precisamente el soporte de la tendencia isonómica. Por otra parte, las clases medias reflejadas en el material arqueológico que acabamos de ver parecen estar recluidas en determinados puntos, aquéllos calificados como *empória* por su vocación mercantil y artesanal, resultando muy difícil precisar los términos en que se produce su integración social y política. Por el momento parece más apropiado mantener una postura prudente y no avanzar interpretaciones que puedan ser un tanto aventuradas. Sea como fuere, lo cierto parece que las tendencias isonómicas no tuvieron gran repercusión en la historia inmediatamente posterior, pues durante el siglo V Etruria atraviesa una crisis que perjudicó en mayor medida a las clases medias, favoreciendo la aparición de esos sistemas oligárquicos tan característicos de las ciudades etruscas.

3) La decadencia de Etruria

Los años que siguen a la derrota naval etrusca frente a Cumas en el 474 vienen señalados por la crisis. En general, la documentación arqueológica es ahora mucho más pobre, contrastando enormemente con la riqueza que nos ofrece el siglo VI: se produce una disminución en el nivel de vida, las importaciones de cerámica ática decaen vertiginosamente, la producción local no alcanza las cotas de calidad anteriores, se construyen menos templos, etc. Sin embargo, el fenómeno no es general en todas las regiones, ni tampoco afecta por igual y en el mismo momento a todas las ciudades. Los grandes centros de la Etruria meridional fueron los más afectados por la crisis mientras que en el interior ésta se presentó más tarde; por el contrario, las regiones «colonizadas» continuaron su desarrollo, sobre todo la llanura padana, y en Campania si la zona costera se vio seriamente afectada, la situación era mucho menos crítica en el área interna. En conjunto se observa una gran restricción de la demanda, tanto privada como pública, comprobándose esta última en el cese de la actividad edilicia en las construcciones religiosas.

Las causas de esta crisis se han vinculado siempre a una situación desfavorable en el contexto internacional. El desastre del año 474 tuvo repercusiones calamitosas para el comercio etrusco en el Tirreno, ya que dejó la puerta abierta a las ambiciones de la gran potencia griega de Occidente, Siracusa, libre asimismo de la rivalidad cartaginesa tras su victoria de Himera en el 480. La presencia de Siracusa en el bajo y medio Tirreno es intensa y aunque las ciudades de la Etruria septentrional mantienen todavía cierta firmeza, no son capaces de hacer frente a las incursiones siracusanas con destino a Alalia y a Elba. Todo ello provoca que las ciudades etruscas no puedan defender su comercio y que los productos de procedencia griega no lleguen con la frecuencia del siglo anterior. Esta situación afectó más profundamente a aquellas ciudades con mayor vocación marítima, como Vulci, Tarquinia, Caere e incluso la latina Roma, cuyas importaciones de cerámica ática decrecen considerablemente; sin embargo, Populonia, gracias a su intensa actividad metalúrgica, conserva todavía cierta prosperidad.

En las ciudades de la Etruria padana la situación es muy diferente, pues su comercio marítimo no dependía del Tirreno sino del Adriático. Tras la

total sujeción de Jonia por parte de los persas, Atenas, victoriosa en las Guerras Médicas, hereda los intereses en Occidente de los griegos orientales, intentando extender su área de influencia por esta parte del Mediterráneo. Aquí chocó con Siracusa, pero salvó este inconveniente centrando gran parte de su interés en la ruta del Adriático, cuyo punto final, Spina, se convirtió en lugar de encuentro entre etruscos y atenienses. La cerámica ática, magnífico instrumento de evaluación económica, confirma las mejores perspectivas de la Etruria padana: en efecto, el *empórion* de Spina se revela ahora como la localidad etrusca que mayor cantidad de cerámica ática recibe, y esta situación se extiende a ciudades como Felsina y Marzabotto, favoreciendo incluso a aquellas regiones de la propia Etruria que mantienen contactos más estrechos con el valle del Po, como Chiusi y Volsinii, que ven de esta manera retrasar durante algunos años la crisis que ya afectaba al Tirreno.

Además el pueblo etrusco, en este mismo siglo V, comienza a ser amenazado por otros peligros externos que a la larga serán decisivos para su desaparición como nación independiente. El interior de la Península itálica se encuentra entonces en un estado de efervescencia. La noticia, procedente de un autor griego y conservada en Dionisio de Halicarnaso (VII 3), sobre un ataque conducido contra Cumas por un ejército de etruscos, daunios y umbros en el año 524, muestra perfectamente la nueva situación que se está creando en Italia. Los pueblos del interior de la península, agobiados por el rápido crecimiento demográfico y ante unos recursos naturales no muy abundantes, comienzan a moverse violentamente hacia las llanuras costeras, más ricas y desarrolladas. Las fuentes griegas han conservado el recuerdo de la presión que tuvieron que soportar algunas de sus ciudades; pero es sobre todo a través de los textos latinos como mejor puede apreciarse al fenómeno: Roma y el Lacio se enfrentaron en el siglo V a volscos y ecuos quienes se habían asentado en tierras de los latinos y amenazaban su propia existencia. El pueblo etrusco no fue ajeno a este peligro, pues una de estas invasiones, la de los samnitas, terminó con su presencia en Campania, al tiempo que los umbros, cuyo territorio se extendía al otro lado del Tíber, presionaban sobre la Etruria interna.

Las dos mayores amenazas proceden del norte y del sur, representadas respectivamente por las tribus celtas y por Roma. Según la tradición (Livio, V. 33-35) la presencia de los celtas en Italia se eleva al año 600, fecha en consonancia con una inscripción de Volsinii que menciona a un tal Katacinas, nombre etrusquizado del celta Catacus. Sin embargo, hasta el último tercio del siglo V ésta no comenzó a asumir forma de auténtica invasión, que a comienzos del siglo IV ha variado notablemente el aspecto del valle del Po. Los centros menores prácticamente desaparecen y los de mayor importancia, como Felsina, Marzabotto y Spina se resienten notablemente de la presión celta, repercutiendo en la propia Etruria que igualmente se siente amenazada por este peligro: la tradición a propósito de la ambición de los celtas sobre Chiusi y la inmediata expedición sobre Roma confirmaron este temor. Los etruscos perdieron el dominio de la llanura padana, pero su cultura siguió en cierta manera todavía viva en la región, como puede observarse en la pervivencia de las tradiciones etruscas en fechas muy posteriores y en la existencia del grupo reto-etrusco, surgido a partir de la huída de elementos etruscos hacia los valles alpinos.

En la región más meridional de Etruria el siglo V a.C. está definido por la serie de guerras que enfrentaron a Roma y a Veyes. Esta debe considerarse en sus comienzos como una

prolongación de los conflictos entre ciudades propios de la edad arcaica, nunca como oposición entre dos culturas o naciones: Roma nunca contó en este caso con el apoyo de las ciudades latinas, con las cuales le unía una alianza defensiva desde el año 493 (*foedus Cassianum*), ni Veyes por su parte con el de otras ciudades etruscas, recibiendo tan sólo la ayuda de faliscos y capenates, pueblos asimismo interesados en impedir el control de Roma sobre el valle inferior del Tíber. En un principio las causas de la guerra se refieren como siempre al dominio de las rutas comerciales que tenían en el Tíber su eje fundamental, pero luego fueron complicándose con la inclusión de nuevos elementos (presión sabina, aprovisionamiento de Roma, necesidades territoriales de esta última, etc.) que cambiaron el significado del hecho bélico. La guerra tuvo tres fases: la primera (485-474) se cierra con la victoria veyense; la segunda (438-425), con la conquista romana de Fidenae, punto estratégico en las relaciones comerciales: la tercera (406-396) termina con la conquista de Veyes por parte de Roma, que completó su acción con la toma de Capena, Sutri y Nepi. Este acontecimiento tuvo una importancia capital, no sólo para Etruria sino también y sobre todo para Roma. Para Etruria significó la primera pérdida de parte de su territorio nacional, iniciando así el largo camino hacia su total desaparición: no en vano la tradición hacía coincidir la conquista de Veyes con la de Melpum, primera ciudad perdida por los etruscos ante la invasión celta. Por su parte, Roma inició así su era expansiva que habría de conducirla al dominio de Italia, y al mismo tiempo le permitió mediante la colonización del territorio veyense dar solución a sus acuciantes problemas sociales.

La situación interna de las ciudades etruscas durante este período viene marcada por la disolución de la estructura económico-social arcaica. Al mismo tiempo, causa y consecuen-



Vista parcial de la necrópolis de Orvieto

cia de la crisis, la oligarquía se instaura de una manera generalizada en Etruria, rompiendo las tendencias isonómicas que tímidamente afloraron en el siglo VI. Los datos disponibles son ciertamente escasos, pues a la pobreza de la arqueología ya mencionada hay que añadir la disminución de la epigrafía y la parquedad de los testimonios literarios, pero en su conjunto vienen a indicar que nos encontramos ante un dominio completo de los *principes*. Estos últimos pasan a acumular en sus manos casi toda la riqueza, sin darle una salida para que a su vez se constituya en fuente de prosperidad. Característica de todas las oligarquías radicales, esta tendencia hacia la tesaurización de la aristocracia etrusca se convierte en responsable de la gran contracción de la demanda, tanto pública como privada.

La regresión económica afectó muy negativamente a las clases con una vocación más «urbana». Donde mejor se aprecia el fenómeno es en las grandes ciudades de la Etruria meridional (Caere, Tarquinia, Vulci), cuyos *empória* se encuentran ahora bajo mínimos de actividad: sus templos, fundados y frecuentados por comerciantes griegos, asumen un fuerte carácter local ante la ausencia del elemento helénico. Todo ello se acompaña de una sensible decadencia de la producción artística, pues si todavía en el segundo cuarto del siglo V a.C. se observan algunas experiencias figurativas, a partir del 450 aproximadamente en estas ciudades se asiste a una casi total carencia de novedades expresivas (M. Cristofani). Por el contrario, en la Etruria interna, en Veyes, Falerii, Volsinii y Chiusi, las actividades artesanales continuaron florecientes, asimilando perfectamente la influencia del clasicismo griego, lo cual retrasó y amortiguó los efectos de la crisis.

La decadencia de las clases medias se percibe en toda su nitidez con ocasión de la célebre expedición a Sicilia por parte de los atenienses en el año 413 a.C., episodio de los más señalados de toda la Guerra del Peloponeso. La expedición iba dirigida contra la gran ciudad doria de Occidente, Siracusa, y los atenienses trataron de atraer hacia su lado a todos aquellos a los que el imperialismo siracusano había atacado. Los etruscos disponían ahora de una buena oportunidad para humillar a su tradicional enemiga y recuperar el terreno perdido; sin embargo, tan sólo fueron capaces de participar militarmente con tres pentecónteras (Tucídides, VI.103), contribución ridícula que descubre no sólo la evidente decadencia de su marina, sino sobre todo la limitada base social de sus ciudades marítimas. En efecto, al contrario de lo que contemporáneamente sucede en Roma, donde las clases medias tratan con su dinamismo de encontrar la estabilidad y el progreso en su lucha frente a las tendencias oligárquicas, estas últimas se asientan firmemente en Etruria, imponiendo un inmovilismo y estancamiento que los cambios del siglo IV no lograrán alterar con profundidad.

El siglo IV a.C. se abre en una Etruria prácticamente reducida a su territorio histórico y con la presencia firme de Roma en el lugar de la etrusca Veyes. Sin embargo, las expectativas son ahora mejores, sobre todo durante la segunda mitad del siglo, alejándose el fantasma de la crisis anterior. Esta nueva situación tiene un reflejo inmediato en el crecimiento demográfico y en la consiguiente colonización de amplios territorios internos abandonados en el siglo V; asimismo el artesanado y el comercio experimentan cierto auge, repercutiendo inmediatamente en un renacimiento de las clases medias y en la reaparición de la piratería tirrénica. No obstante, todo ello no significa en ningún momento un retorno a las condiciones del siglo VI, sino tan sólo una mejora aunque sensible de la situación anterior, sin que se pueda modificar sus-

tancialmente la impronta marcada por la crisis.

La ciudad de Tarquinia asume en estos momentos una cierta hegemonía en Etruria. Su amplio territorio se puebla de auténticas colonias sobre localidades de gran importancia en época arcaica, pero decaídas completamente en el siglo V (Norchia, Blera, Tuscania, etc.): el antiguo puerto de Gravisca adquiere de nuevo cierta importancia, sobre todo de cara a las relaciones con Córcega. De los tres ejemplos conocidos que mencionan al *zilath mechl rasnal*, dos proceden precisamente de Tarquinia, lo que parece confirmar el papel preponderante que desempeña esta ciudad a mediados del siglo IV. Por el contrario, Caere se presenta como un caso excepcional en el panorama de la Etruria meridional. Por una parte, renuncia a una obra sistemática de colonización interna, con lo cual su territorio resulta pequeño respecto al de sus contemporáneas, perjuicio que compensa con el desarrollo de las actividades mercantiles y artesanales: la revitalización del puerto de Pyrgi queda demostrada por el nuevo ataque siracusano del que fue objeto en el año 383 a.C., esta vez conducido por el tirano Dionisio el Viejo. Pero por otra parte, Caere se distingue también por las relaciones que mantiene con Roma: la tradicional amistad romano-ceretana es sancionada en el año 386 con el *hospitium publicum* entre Caere y Roma, confirmado mediante la concesión a la primera del estatuto de *civitas sine suffragio*, esto es la ciudadanía sin derecho a voto.

Excepto Caere, todas las ciudades etruscas se dieron cuenta de que Roma constituía ya una seria amenaza para su existencia. En la segunda mitad del siglo IV, las pinturas de la tumba François de Vulci reflejan la propaganda anti-romana que se extendía por Etruria. Pocos años antes, entre el 358 y el 351 a.C., la situación había alcanzado un momento crítico con la guerra que Roma sostuvo contra un nutrido grupo de ciudades etruscas dirigidas por Tarquinia: el conflicto terminó con una tregua de cuarenta años y el mantenimiento de las posiciones respectivas. El intento de Tarquinia y de Falerii, principales responsables de la guerra por parte etrusca, de expulsar a Roma del territorio veyense resultó totalmente vano, y aunque la tregua se respetó escrupulosamente, cuando en el 311 se reanudó el conflicto el ascenso de Roma fue ya prácticamente imparable.

Algún episodio de la guerra del 358, como la inmolación de trescientos prisioneros romanos en el foro de Tarquinia, revela la fuerte implantación oligárquica, pese a las transformaciones que entonces experimentan las ciudades. En efecto, estas últimas pasan en esos momentos a definir perfectamente su territorio, se construyen *oppida* y *castella* para protegerlo y se lleva a cabo una intensa colonización interna totalmente controlada por la metrópoli e identificada con ella. Gracias a la más abundante documentación epigráfica, símbolo de una mejor situación económica, podemos conocer ahora algunos aspectos de las constituciones republicanas etruscas, con un magistrado supremo (*zilath*) y otras magistraturas menores. Este desarrollo de la ciudad opera sobre la estructura social que asiste, como antes mencionaba, a un renacimiento de las clases medias, incluidas quizás las rurales si suponemos, aunque no existen pruebas directas, que la reocupación del territorio llevó consigo una extensión de la pequeña y mediana propiedad. Sin embargo, las características de la producción indican que tales clases no eran ciertamente poderosas: salvo algunos ejemplos de gran calidad que sirvieron para la exportación, los nuevos talleres se dirigen preferentemente hacia el consumo interno, lo cual no deja de señalar los límites de la producción y de los mecanismos comercia-

les, cuyas posibilidades van vinculadas a la situación política. Así uno de los motivos de la alianza entre Roma y Caere habría que buscarlo en el interés de esta ciudad etrusca por servirse, para su desarrollo económico, de la mayor potencia política alcanzada por Roma.

El dominio de la aristocracia prácticamente lo invade todo, aunque su ideología se transforma adaptándose más al ideal ciudadano. Los tradicionales temas que antaño ilustraban el mundo funerario y que hacían referencia a elementos característicos del estilo de vida aristocrático (banquete, juegos, caza, etc.), son sustituidos ahora por otros más propios del ambiente ciudadano, en los cuales el difunto es dignificado mediante su papel como magistrado y protagonista de los destinos de su patria. La aristocracia se identifica a los grandes posesores de tierras, sobre todo en aquellas regiones de la Etruria interna donde su poder apenas había sido contestado y además con mejores condiciones naturales para el desarrollo agrícola; pero también podemos observar el mismo fenómeno en la Etruria meridional, donde los centros renacidos con la colonización aparecen dominados por grandes familias que además se integran perfectamente en la estructura cívica. Finalmente se detecta una clara tendencia a la endogamia, indicativa del deseo de la aristocracia de erigirse como casta cerrada: la epigrafía demuestra cómo se va creando, no sólo a nivel local sino también regional, una tupida red de relaciones parentales que revela la matriz oligárquica de la clase dominante.

Las relaciones sociales fueron enrareciéndose en los años finales del siglo IV y en los iniciales del III a.C., coincidiendo precisamente con aquellos momentos en que la amenaza de Roma era más intensa que nunca. La tradición relata que en el año 302 en Arezzo, en el 265 en Volsinii y en fecha desconocida en la enigmática Oinarea, se produjeron conflictos internos calificados con el término de *bellum servile*, claro indicio de que las posturas se habían radicalizado en el interior de las ciudades y de que las clases medias no pudieron alcanzar la paridad jurídica, avanzando por el contrario en el camino de la subordinación. La rebelión armada era el único recurso que les quedaba para conseguir sus reivindicaciones, y en estos acontecimientos no estaba al margen la mano de Roma, la cual fomentaba las discordias internas para facilitar su proceso continuo de conquista.

En el 311 a.C., el mismo año que expiraba la tregua firmada en el 351 entre Tarquinia y Roma, las hostilidades se reanudaron. Pero en esta ocasión la situación había variado notablemente, pues mientras Etruria languidecía víctima de su propio inmovilismo, Roma se había convertido en dueña del Lacio e iniciado una vertiginosa expansión hacia el sur. Esta última y definitiva etapa del enfrentamiento etrusco-romano se mezcla con las llamadas Guerras Samnitas, que comenzaron siendo un conflicto entre Roma y la fuerte confederación samnitas, para acabar envolviendo a toda Italia. La guerra comienza en el 311 con un intento fracasado de Tarquinia y sus aliadas por expulsar a los romanos de Sutri; la victoria de Roma en el 308, además de las duras condiciones que impuso a Tarquinia, le permitió penetrar en la Etruria interna, donde se había desplazado el epicentro del poder etrusco. A comienzos del siglo III se firma una alianza entre todos los pueblos de Italia amenazados por Roma, esto ès etruscos, samnitas, umbros y galos, pero Roma se impone de nuevo venciendo a sus enemigos en Sentinum en el año 295 a.C.

Los etruscos sufren directamente las consecuencias de la derrota y a partir del 294 sus ciudades comienzan una tras otra a entrar en la órbita



Pequeño carro. (Orvieto)

de Roma. En el 294 Rusellae se convierte en la primera ciudad etrusca conquistada por Roma desde la ocupación de Veyes; Volsinii, Perugia y Arezzo entran en la alianza romana; en el 293 le toca el turno a los faliscos. Una última reacción etrusca, que contaba con el apoyo de los galos, fue ahogada por Roma en la batalla de Vadimón (283 a.C.), sellando definitivamente la suerte de Etruria. Roma no se detuvo aquí, sino que terminó su obra asestando un duro golpe al centro político y religioso de mundo etrusco, Volsinii, ciudad que fue saqueada, destruida y desplazada (año 265 a.C.).

A partir de estos momentos, Etruria desaparece prácticamente de la geografía política y de la historia de Italia. La región fue incorporada al sistema romano, pero no globalmente como un territorio sometido, sino mediante tratados establecidos individualmente con cada una de las ciudades etruscas. Roma les permitía, en virtud de los mismos, conservar parte de sus territorios y una cierta autonomía interna (administración local, lengua, cultura, religión, etc.), pero les exigía determinadas prestaciones de carácter financiero y militar, segun el esquema de integracion que Roma aplicó en general al resto de la Península Itálica. La ciudad vencedora aseguró su dominio mediante otros instrumentos, destacando la construcción de una densa red de calzadas, que permitían la rapidez en las comunicaciones, y sobre todo el establecimiento en territorios conquistados de colonias de ciudadanos. La historia de Etruria se confunde ya con la de Roma, participando en el proceso de expansión del mundo romano por todo el Mediterráneo, pero siempre en una situación de subordinación. Esta relación cambia en el año 90 a.C. cuando, como consecuencia de la llamada guerra social, Roma concede el derecho de ciudadanía a los pueblos itálicos, etruscos incluidos, con lo cual estos últimos pasan a ser ciudadanos romanos, incorporándose definitivamente al cuerpo jurídico y político impuesto por Roma.

VII. Aspectos de la civilización etrusca

1) Instituciones políticas

Este es quizás uno de los elementos de la civilización etrusca que peor conocemos, puesto que apenas existen fuentes directas. Por esta razón siempre se siguen los modelos griego y romano para intentar colmar mediante un método comparativo, por lo demás no siempre fiable, las lagunas de la documentación disponible. Pero pese a todas las dificultades, podemos ensayar un cuadro general de la vida institucional etrusca, aunque sin entrar en cuestiones de detalle cuyas conclusiones serían por otra parte bastante inseguras.

Las ciudades etruscas fueron gobernadas en un primer momento por un régimen monárquico. Las tradiciones más antiguas, cuando hacen referencia a los tiempos heroicos, mencionan a personajes míticos con el título real, como Aulestes de Perugia, Mecencio de Caere y Morrio de Veyes; pero también se conoce el nombre de algunos reyes históricos, como Porsenna de Chiusi, Orgolnio de Caere y Tolumnio de Veyes. En etrusco el rey era llamado *lauchme* o *luchume*, que pasó al latín bajo la forma *lucumo (lucumones, qui sunt reges in lingua Tuscorum*, dice el gramático Servio, *Ad Aenida*, II.178). Probablemente el título real no desapareció con la institución del sistema republicano, sino que al igual que sucedió en Atenas con el arconte *basileus* y en Roma con el *rex sacrificulus*, también en las ciudades etruscas se mantuvo, aunque desprovisto de su contenido político y relegado exclusivamente a funciones religiosas.

Sobre el carácter de la monarquía etrusca es muy poco lo que se sabe. Por el paralelo romano, se puede suponer que el rey era la máxima autoridad de la ciudad, jefe del ejército y supremo representante de la religión pública; Macrobio (*Saturnalia*, I.15.13) nos lo representa administrando justicia en determinados días del año. Sin embargo, su poder no debía ser absoluto, pues aunque carezcamos de información sobre la existencia en época arcaica de una institución similar al Senado romano, la arqueología proporciona indicios suficientes sobre una potente aristocracia que de hecho controlaría la acción del rey, quien no sería sino el elemento más destacado de la clase dominante. Igualmente se desconoce si la monarquía era electiva o hereditaria. También a través del intermediario romano sabemos cuáles eran las insignias del poder, introducidas en Roma desde Etruria: la corona de oro, el trono de marfil, el cetro coronado por el águila, la *tunica palmata* y la *toga picta*

Insignias del poder

«Habiendo recibido esta respuesta, los embajadores partieron y a los pocos días regresaron trayendo no sólo meras palabras, sino también los símbolos del poder que utilizan para adornar a sus propios reyes. Estos eran una corona de oro, un trono de marfil, un cetro con un águila situada en su cabeza, una túnica de púrpura decorada con oro y un vestido recamado de púrpura como el que utilizan los reyes de Lidia y Persia, excepto que no era de forma rectangular sino semicircular. Este tipo de vestido es llamado *toga* por los romanos y *têbenna* por los griegos».

Dionisio, III, 6,11

(Dionisio, III.61.1); finalmente el rey era acompañado por un lictor con las fasces y el hacha. Algunos de estos atributos se encuadran en la esfera de lo divino, por lo que podía pensarse en una cierta intervención de la divinidad en el momento de la entronización. El poder supremo del rey era designado con el término *truna*, similar según se decía a la *arché* griega y al *imperium* romano.

Al igual que sucedió en las poleis griegas y en Roma, las ciudades etruscas sustituyeron el antiguo régimen monárquico por otro republicano oligárquico. Con anterioridad hemos visto las dificultades en responder satisfactoriamente a las cuestiones de cuándo y cómo se produjo esta transformación, pero cuando la epigrafía comienza de nuevo a ser abundante en el siglo IV, el sistema parece ya perfectamente definido. El cambio consiste fundamentalmente en la sustitución de un rey único y vitalicio por unos magistrados electivos, colegiados y temporales. Las inscripciones de los grandes personajes nos informan sobre los títulos de las nuevas magistraturas y en alguna medida sobre su jerarquía, pero respecto a los poderes y funciones de las mismas ya no es igual.

La magistratura suprema era desempeñada por una pareja de *zilath*, correspondientes a los cónsules romanos, y como estos últimos daban también nombre al año. En ocasiones este título va acompañado de un término que parece indicar una especialización en la función (*zilath eterau* o *eteraias, zilath parchis*) o también la presidencia de un colegio particular de magistrados (*zilath marunuchva*). Un magistrado de gran importancia y que no se sitúa con facilidad en el cuadro institucional era el *purth* o *purthne*, relacionado con el título griego *prýtanis* y que algunos equiparan al romano *dictator*. Como magistrados menores se encontraban los *camthi*, asimilados a los ediles romanos, con funciones de administración urbana y que al igual que el *zilath* en ocasiones se especifica su función (*camthi eterau*). Mención aparte merece el *maru*, con evidentes connotaciones religiosas por su relación con el título sacerdotal *cepen* y con algunas cofradías religiosas (*marunuch pachanati*). En general para ser magistrado no se debía exigir condición de edad, pues alguno fue *zilath* siendo muy joven, y tampoco había prohibiciones para ejercer en varias ocasiones la misma magistratura.

Aunque desconozcamos cuál era su título no existe la menor duda de que las repúblicas etruscas disponían de una asamblea de tipo senatorial en la cual estaban presentes los representantes de las grandes familias: es esa institución a través de la cual se canalizaba el poder de la aristocracia,

Cursus honorum de un noble tarquiniense del siglo IV a.C.

...[l]arisal . crespe thankhvilus . pumpnal . clan . zilath [mekhl] rasnas . marunukh [cepe]n . zilc thufi . tenthas . marunukh . pakhanati . ril LXXIII.

TLE? 137

...Crespe, hijo de Laris y de Tanaquil Pumpli, *praetor* de los pueblos etruscos, *maru cepen* (sacerdocio público), ejerció una vez (?) como *zilath*, *maru* de la cofradía de Baco, [murió] a la edad de 63 [años].

de los *príncipes* como colectivamente se denominaban, auténtico órgano de control y de continuidad política. Sobre sus competencias nada preciso se sabe pero como máximo exponente del sistema oligárquico, sus funciones debían invadir todas las esferas de lo público. Un dato interesante y que reafirma el carácter extremadamente oligárquico de las ciudades etruscas es la ausencia de una asamblea popular, de manera que las funciones fundamentales de legislar y de elegir que en Roma cumplían los comicios, por exclusión debemos pensar que en Etruria eran propias de la asamblea de los *príncipes*.

2) Estructura social

Los autores antiguos nos ofrecen una imagen de la sociedad etrusca caracterizada por la oposición entre un número reducido de nobles, poseedores de todas las riquezas, y una masa de sometidos relegados fuera del sistema. Esta radicalización tradicional no parece responder con total exactitud a los datos que proporciona la epigrafía y la arqueología, que en su conjunto muestran una situación social bastante estratificada, con la existencia de unos grupos intermedios entre los *príncipes* y los *servi*. Sin embargo el problema no lo es tanto respecto a los niveles económicos como sobre todo a las condiciones de integración social y política de esas clases medias, y aquí es donde la tradición puede tener su parte de razón. Como acabamos de ver, la ausencia de las constituciones republicanas etruscas de una asamblea popular no deja lugar a dudas sobre la falta de participación política de las clases medias, y en definitiva de la carencia de una auténtica paridad jurídica entre las clases. Desde este punto de vista sí puede hablarse de dos sectores contrapuestos, uno que gobierna y otro que es gobernado. Tanto en la *polis* griega como en la *civitas* latina, el ordenamiento político se basa en la premisa fundamental de que gobierna la ley, no el gobernante, y que esa ley emana directamente de la comunidad, del cuerpo cívico: éste no es el caso de las ciudades etruscas.

Protagonistas indiscutidos de la vida social y política eran los nobles, llamados muy gráficamente *principes* por la historiografía latina. Estos monopolizan el poder público mediante la ocupación de las magistraturas, de los sacerdocios y de las asambleas senatoriales que gobernaban las ciudades: la vida política es prácticamente exclusiva de este grupo. El dominio político es una consecuencia del dominio económico, ya que los nobles controlan la mayor parte de los bienes de producción, entre estos últimos destaca sobre todo la tierra, que al igual que en Grecia y en Roma, debía tener un alto valor social. Los nobles etruscos no agotaban sus recursos económicos en la explotación agraria, sino que para consolidar la antigua riqueza adquirida mediante la tierra, se dedicaban a otras actividades como el comercio, al menos durante la época arcaica cuando uno de los aspectos de la llamada «piratería tirrénica» se identificaba al comercio aristocrático del tipo griego *pexis*, diferente del llamado *emporíe* característico de los grupos mercantiles profesionales, aunque no debe rechazarse a priori una intervención de los nobles en este último. También hemos de pensar que las explotaciones metalúrgicas eran controladas por esta misma clase, pues así lo eran en época protohistórica y debió continuar siéndolo en los tiempos posteriores.

Toda esta riqueza era disfrutada de acuerdo a un estilo de vida característico. La nobleza etrusca se nos presenta notablemente dirigida hacia el consumo de productos de lujo, practicando una vida ociosa que queda perfectamente reflejada en la imagen del *oboesus Etruscus*. Así es como aparece continuamente retratada en las fuen-

tes literarias, en particular las griegas, que con frecuencia hablan de la *tryphé* de la aristocracia etrusca. Este término no solamente hace referencia al lujo y la molicie, sino que al mismo tiempo incide en que la base económica de esta oligarquía se encuentra en la explotación de la mano de obra dependiente, recalcando de esta manera esa dualidad social que según los antiguos caracterizaba a la sociedad etrusca.

Pero entre todas las particularidades de la aristocracia etrusca, un elemento era el que más llamaba la atención a sus vecinos, sobre todo a los griegos: el privilegiado *status* de que gozaba la mujer. Efectivamente, los antiguos se escandalizaban de la vida licenciosa que practicaba la mujer etrusca, la cual asistía a los espectáculos y participaba en los banquetes junto a los hombes, algo que en Grecia estaba limitado a las cortesanas. Las representaciones artísticas y la epigrafía confirman la considerada situación de la mujer, posesora de una capacidad jurídica idéntica a la del hombre: mientras que la mujer romana sólo poseía un nombre, el de la familia (Claudia, Cornelia, etc.), la etrusca tenía nombre y gentilicio, es decir propia identidad, y no estaba totalmente sometida *in manu mariti*, pues podía poseer bienes, esclavos, etc., lo cual ha hecho pensar en la existencia de un matriarcado etrusco. La razón a esta situación hay que buscarla en el carácter oligárquico de la aristocracia etrusca, sometida como cualquier otra oligarquía a la amenaza de la oligantropía, esto es la escasez de hombres, por lo cual para conservar en su seno el mayor medio de produccion, la tierra, tenía que conceder a la mujer un status elevado y una capacidad jurídica ciertamente privilegiada (D. Musti, M. Torelli).



Vista parcial de la necrópolis de Cerveteri

La existencia de clases medias en las ciudades etruscas es algo que no se puede negar, pero chocamos con grandes dificultades para encontrar una definición jurídica, ya que al contrario de los *principes*, que constituían un *ordo*, un cuerpo homogéneo y determinado, las clases medias se caracterizan por su heterogeneidad, estando constituidas por el conjunto de todos aquellos individuos que siendo libres no gozan de los privilegios de los *principes*, definición en la que hay que tener presente la relatividad del término «libre» en el mundo etrusco. Por otra parte, el material arqueológico y epigráfico nos enseña que existían diferentes situaciones según las regiones de Etruria, más desarrollada y socialmente abierta la meridional, más cerrada y conservadora la interna.

La dedicación económica de estas clases se centraba en actividades sobre todo de carácter urbano, como la artesanía y el comercio, probablemente en menor medida también la agricultura, sobre todo en las ciudades meridionales. Aquí no se encuentra una homogeneidad en el nivel económico, sino más bien una situación bastante estratificada, hallándose en la cúspide un grupo de familias que al alcanzar cierto grado de riqueza eran admitidas en la categoría superior de los *principes*. Sin embargo, las posibilidades de promoción social de estas gentes eran bastante escasas y la mayoría vivía en una situación ciertamente marginal. En el relato de Zonaras (8.7) que nos proporciona sobre los acontecimientos de Volsinii del año 265 a.C., encontramos reflejadas las aspiraciones de las clases medias para lograr su perfecta integración social y política: participación en el gobierno de la ciudad, acceso a la asamblea senatorial y matrimonios con las familias aristocráticas. Hasta qué punto eran personas totalmente libres o por el contrario sometidas a cualquier tipo de dependencia, como a continuación veremos, es algo que por el momento no puede precisarse con seguridad.

En Etruria tuvieron un notable desarrollo las diferentes formas de dependencia social, relación que unía a los *principes* con un sector importante de la población que las fuentes literarias, tanto griegas como latinas, califican siempre con términos vagos y generales, como *servi, plebs, penéstai, oikétai, therápontes*, etc. Con ellos parece indicarse una situación de semiservidumbre bastante extendida por los países del Mediterráneo, especialmente en sociedades oligárquicas, y que viene a caracterizarse por estar comprendida entre la propia esclavitud y la libertad. Estos «siervos» etruscos se asemejan más a los ilotas de Esparta o a los *penéstai* de Tesalia que a los clientes romanos, pues estos últimos, pese a encontrarse fuertemente vinculados a sus patronos, jurídicamente eran personas libres, que habían aceptado voluntariamente tal relación.

La existencia e importancia de las clases dependientes etruscas se enmarca perfectamente en la ideología oligárquica definida por la *tryphé*, como ya hemos visto, es decir que se presenta como un elemento esencial del estilo de vida practicado por la aristocracia etrusca. Las representaciones figuradas y los textos literarios confirman esta relación fundamental de la sociedad etrusca. En un célebre pasaje de su obra, el historidador griego Diodoro Sículo (V. 40.1) dice que los etruscos idearon el atrio de las casas con el fin de separar la parte de servicio de la de los señores para proteger a estos últimos del ruido causado por la gran muchedumbre de los servidores. Efectivamente, a través de las pinturas de las grandes tumbas y del testimonio de los autores clásicos podemos apreciar la gran variedad de servidores gran muchedumbre de los servidores domésticos que junto a artistas, atletas, bailarines conformaban ese fas-

Revuelta de Volsinii del año 265 a.C.

Siendo cónsules Quinto Fabio y Emilio, se organizó una expedición a Volsinii para asegurar la libertad de sus ciudadanos, con los cuales estaban ligados por un pacto. Eran éstos los más antiguos de los etruscos, habían conseguido poder y levantado una fuerte ciudadela y tenían un buen gobierno. Sin embargo, en una ocasión, estando en guerra con los romanos, resistieron durante mucho tiempo, pero una vez que fueron vencidos, se dejaron arrastrar hacia la indolencia, abandonaron los asuntos de la ciudad a los siervos y en la mayoría de las ocasiones dejaban a éstos la dirección de la guerra. Hasta tal punto se fortalecieron, que los siervos ganaron poder y ánimo y creyeron que tenían derecho a la libertad, lo que finalmente obtuvieron gracias a sus propios esfuerzos. Más adelante, ellos mismos se acostumbraron a casarse con sus dueñas, a suceder a sus dueños, a ser admitidos en el senado, a desempeñar las magistraturas y a conservar toda la autoridad. ...

(Zonaras, 8.7)

tuoso mundo de la casa señorial etrusca. Otros siervos nos los encontramos, en situación más dramática, cultivando los campos de los aristócratas y llevando una vida bastante mísera; además, se veían obligados al servicio militar a las órdenes de sus respectivos *principes*. En definitiva eran como siervos de la gleba, vinculados a la tierra, con la obligación de prestar todo tipo de servicios a sus señores y con escasas posibilidades de mejorar su situación, pues aunque tenían reconocido el derecho a la propiedad, la posesión de los bienes de producción estaba acaparada por la clase dirigente.

La epigrafía nos muestra los nombres que designaban diferentes situaciones de dependencia: son los *lautni*, los *lautn eteri* y los *etera*, aunque sus características prácticamente se nos escapan por completo. El término *lautni* deriva de *lautn*, que corresponde a la *familia* romana, por lo cual *lautni* se identificaría a *familiaris*, término que designaba en principio al conjunto de los siervos de una casa; en la mayoría de las inscripciones los *lautni* llevan un sólo nombre, lo que parece indicar un estado servil y en algunos casos son identificados a libertos, esto es a esclavos manumitidos, lo que ha llevado a pensar en una evolución de la situación (H. Rix), de manera que en un principio el *lautni* era un esclavo y que posteriormente, por la influencia del derecho romano, se convirtió en un liberto. Respecto a los *etera*, la situación es bastante más oscura y las opiniones modernas van desde considerarles siervos hasta ilustres, pasando por extranjeros. Sin embargo parece que se les deba incluir en una categoría de dependientes, pues siempre se es *etera* de alguien, pero unos dependientes privilegiados con implicaciones extra-familiares, a juzgar por la existencia de unos magistrados encargados de sus asuntos (*zilath* y *camthi eterau*). Por último, de los *lautn eteri* sólo puede decirse que eran *lautni*, pero que gozaban de ciertos derechos de los *etera*.

Esta rígida estructura social, con pocas posibilidades de ascenso para las clases más desfavorecidas, provocó a partir de finales del siglo IV a.C., cuando la situación en Etruria era crítica, la aparición del mercenariado como una vía de escape para todos aquellos que vivían en condiciones deplorables. La presencia de mercenarios etruscos está atestiguada en los ejércitos griegos y cartagineses que por aquellos años combatían en Sicilia: monedas que portan la leyenda TYPPH (*Tyrrhneoi*) son mudos testigos del salario que recibían estos mercenarios por sus servicios. En el siglo III siguió produciéndose el mismo fenómeno y una inscripción de Tarquinia nos descubre a un liberto, o hijo de liberto, que combatió en Capua como mercenario del ejército de Aníbal durante la Segunda Guerra Púnica.

3) Vida económica

La base económica del pueblo etrusco, como en general la de casi todos los pueblos del mundo antiguo, se encontraba en la explotación agraria, actividad que ocupaba la mayor parte de los brazos y donde descansaba en última instancia la principal fuente de riqueza de la aristocracia. Además la agricultura etrusca reposaba en excelentes condiciones naturales, como lo muestran las continuas referencias literarias a la fertilidad del suelo, privilegio que los etruscos supieron incrementar con la adopción de técnicas de explotación adecuadas: los etruscos destacaron entre otros pueblos de la antigüedad por sus desarrollados conocimientos agrícolas, siendo poseedores de un importante bagaje científico sobre la cuestión que posteriormente, como sucedió con otros muchos elementos más de su cultura, fueron adoptados por los agricultores romanos. De las pocas obras literarias etruscas que conocemos a través de escasos fragmentos, una de ellas es precisamente un tratado de agricultura, cuyo autor, Saserna, vivió a finales del siglo II a.C. Los principales agrónomos latinos, como Varrón, Columela y Plinio, citan frecuentemente la obra de Saserna, no escatimando ningún elogio hacia su autor. También la arqueología nos proporciona preciosas indicaciones sobre la desarrollada vida agrícola etrusca, no sólo a través de representaciones figuradas y del hallazgo de diferentes herramientas, sino sobre todo por el complejo sistema hidráulico que encontramos en algunas regiones, denotando la existencia de excelentes cultivos de regadío que contribuyeron a agrandar la idea de la *Etruria felix*, de la feracidad de los campos etruscos. Todo este conjunto de conocimientos proceden por una parte de una práctica centenaria, pero por otra y no en menor medida de un saber elaborado por los estamentos sacerdotales que encontraban «su justificación en el orden geométrico, sustitutivo del caos originario, querido por la divinidad» (M. Cristofani). En efecto, los etruscos eran maestros en la *limitatio*, en la ordenación y limitación de los campos, señalados mediante mojones que indicaban los diferentes derechos de propiedad y su garantía avalada por la divinidad. La técnica hidráulica reposaba asimismo en el saber sacerdotal, existiendo unos especialistas llamados *arquilices*, especie de rabdomantes, cuya dedicación se centraba en la búsqueda del agua subterránea y su inmediata afloración.

El cultivo fundamental era sin duda alguna el cereal, muy celebrado por los textos latinos. En Etruria el trigo se cultivaba de manera extensiva, resultando siempre un excedente que se exportaba a las regiones vecinas, fundamentalmente al Lacio; en el siglo V a.C. el trigo etrusco alivió en numerosas ocasiones el hambre de la plebe romana. En la lista de las contribuciones de guerra que en el año 205 a.C. exigió Escipion a Etruria descubrimos cuáles eran las principales zonas trigueras, situadas preferentemente en la Etruria interna (Chiusi, Perugia, Arezzo), lo cual es confirmado por otros testimonios. Al lado del cereal nos encontramos con los cultivos arbustivos, fundamentalmente la vid. La producción vinícola adquirió mayor renombre en la Etruria meridional, siendo sus vinos muy apreciados en Grecia; por el contrario, el olivo no tuvo una similar extensión, pues el aceite era un producto exclusivamente dedicado a la clase aristocrática, que lo utilizaba para ungüentos aromáticos; sin embargo, y pese a lo limitado de su producción, no se consumía todo en Etruria, sino que parte se exportaba al igual que sucedía con el vino, como lo muestra el hallazgo de contenedores (ánforas vinarias y ungüentarios) en contextos arqueológicos fuera de Etruria. Finalmente a través de las noticias literarias y gra-

cias a las investigaciones paleobotánicas, conocemos otras muchas especies cultivables que, si bien no alcanzan la importancia económica y social de las anteriores, demuestran la complejidad y riqueza de la agricultura etrusca, completada con una eficaz actividad ganadera y otra cinegética, elemento este último que evoca de nuevo el ambiente oligárquico de la sociedad etrusca.

Como ya hemos visto con anterioridad, los enormes recursos metalíferos de Etruria hicieron que esta región entrara precozmente en la historia. Efectivamente Etruria se configura como una de las principales áreas mineras del Mediterráneo, compartiendo con algunas zonas de la Península Ibérica la fama de El Dorado de la antigüedad. Los yacimientos metalíferos más importantes se encontraban en la Etruria septentrional, concretamente en la Catena Metallifera, con sus ramificaciaiones del Massetano, Campigliese y la isla de Elba, por una parte, y el alto valle del río Cecina, por otra; más hacia el sur destacaban asimismo las minas de los montes Amiata y en último lugar las de los montes de la Tolfa, no tan ricas como las de Etruria septentrional pero sí las primeras en ser conocidas y disfrutadas por gentes del Egeo. Todos estos yacimientos eran excepcionalmente ricos en hierro y en cobre, encontrándose también plomo, plata y alumbre y en menor medida estaño y antimonio.

La extracción del hierro fue precedida por la del cobre, metal que aleado con el estaño o con otros de inferior calidad proporciona el bronce, producto considerado básico para la



Pintura de una pared de la Tumba de los Augures. (Tarquinia)

economía de los países mediterráneos hasta la explosión del hierro en el siglo VII a.C. Las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto en diferentes áreas las técnicas de extracción de los minerales, mostrando la existencia de explotaciones a cielo abierto, de pozos y de galerías, así como hornos donde se separaba el metal de la escoria. La industria del hierro fue la que dio más fama a Etruria, y sobre todo a la ciudad de Populonia, que gracias a su dominio sobre la isla de Elba y los macizos del interior, se convirtió en el principal centro siderúrgico de la antigüedad. El mineral se extraía principalmente en la isla de Elba y en un primer momento era tratado allí mismo; sin embargo, a partir de comienzos del siglo VI a.C., el mineral se transportaba ya en bruto a la propia Populonia, donde se levantó extramuros y junto al puerto un barrio industrial para la elaboración del metal, siendo testigo mudo de esta actividad, que pervivió hasta comienzos de la era cristiana, la enorme cantidad de escorias todavía explotadas a comienzos del siglo actual.

Esta enorme riqueza metalífera de Etruria sirvió de base a una próspera industria de manufacturas metalúrgicas, constantemente enriquecida por la introducción de nuevas tecnologías llevadas por los artesanos griegos. En un principio Etruria pagaba sus importaciones con el metal en bruto, pero pronto unió a sus exportaciones sus propios productos manufacturados, muchos de los cuales eran muy apreciados en ambiente griego, como los célebres bronces tirrénicos. El desarrollo de la industria metalúrgica no sólo se benefició a sí misma, sino que invadió otras áreas económicas transformándolas e impulsando su propio desarrollo con la mejora del utillaje.

Respecto a otras actividades artesanales tan sólo pueden seguirse aquéllas cuyos productos son recuperables por la arqueología, singularmente la cerámica y la vinculada a la construcción. Ambas se encontraban muy determinadas por la influencia griega, no sólo en cuanto a la introducción y adaptación de nuevas técnicas, sino también en los estilos y modelos, impuestos por los propios artesanos griegos establecidos en Etruria desde el villanoviano. En general se asiste a una producción de nivel medio que fabrica objetos «standard» en pequeños talleres dirigidos por un maestro cuyo nombre, en casos excepcionales, puede aparecer como marca de fábrica. Junto a ésta se encuentra también una producción de gran calidad, calificada ya como artística, que rebasa ampliamente el marco regional y dedicada fundamentalmente a la ornamentación arquitectónica, como la célebre escuela coroplástica afincada en Veyes y vinculada al artista Vulca.

Una última e importante consecuencia de la riqueza mineraria de Etruria fue la inserción de esta región en las grandes corrientes del tráfico internacional en el Mediterráneo, y en definitiva en el notable impulso que desde finales del villanoviano se ejerció sobre el comercio etrusco. Durante el período orientalizante y sobre todo en el arcaico, la marina etrusca recorría el Mediterráneo occidental compitiendo con griegos y púnicos, hasta llegar a alcanzar en la segunda mitad del siglo VI un auténtico dominio sobre el mar Tirreno, sin que ello supusiera la eliminación definitiva de sus competidores: las alianzas con otras potencias y las actividades bélicas de los etruscos en el mar son claras manifestaciones de la voluntad del poder político por hacer valer sus intereses comerciales. En el desarrollo de esta actividad de nuevo interpreta un importante papel la influencia griega, como lo muestra el avance conseguido en las técnicas de construcción naval, que igualaron en calidad a los barcos etruscos con los griegos, dando salida a una gran vocación

marinera que encuentra su expresión más perfecta en el temor que infundía la llamada piratería tirrénica.

Las principales rutas del tráfico comercial etrusco se localizan en el mar Tirreno, espacio no sólo abierto a rutas de cabotaje que sirven un circuito nacional, sino también a itinerarios de larga distancia. En el Tirreno septentrional y en los golfos de Génova y León la presencia comercial etrusca está firmemente atestiguada desde comienzos del siglo VI a.C., fundamentalmente a través de centros de redistribución de productos que incluso suponían un establecimiento permanente de comerciantes etruscos. El estaño era el principal producto que buscaban los etruscos en estas costas, donde rendía la ruta interna que procedente de Bretaña y Cornualles, utilizaba el valle del Ródano para llegar al Mediterráneo: el hallazgo de una tumba principesca en Vix con la presencia de productos etruscos es el mejor exponente de este tráfico. El comercio en el sur del Tirreno aparece más articulado, pues en esa zona la presencia griega era mucho más densa. Con vistas al comercio con la Magna Grecia y con Sicilia, los etruscos disponían en sus centros de Campania de una excelente base de operaciones, facilitando por una parte las relaciones con las colonias griegas del golfo de Tarento a través de rutas internas, y por otra con las ciudades de Sicilia, mediante una ruta marítima que tenía en Metauros su principal escala intermedia: la distribución de las ánforas vinarias etruscas por el Tirreno ilustran claramente la expansión del comercio etrusco. En último lugar hay que mencionar la ruta adriática, que partía de Spina y Adria, más tardía en su aparición pero de gran importancia cuando el área tirrena entró en crisis a partir del año 475 aproximadamente.

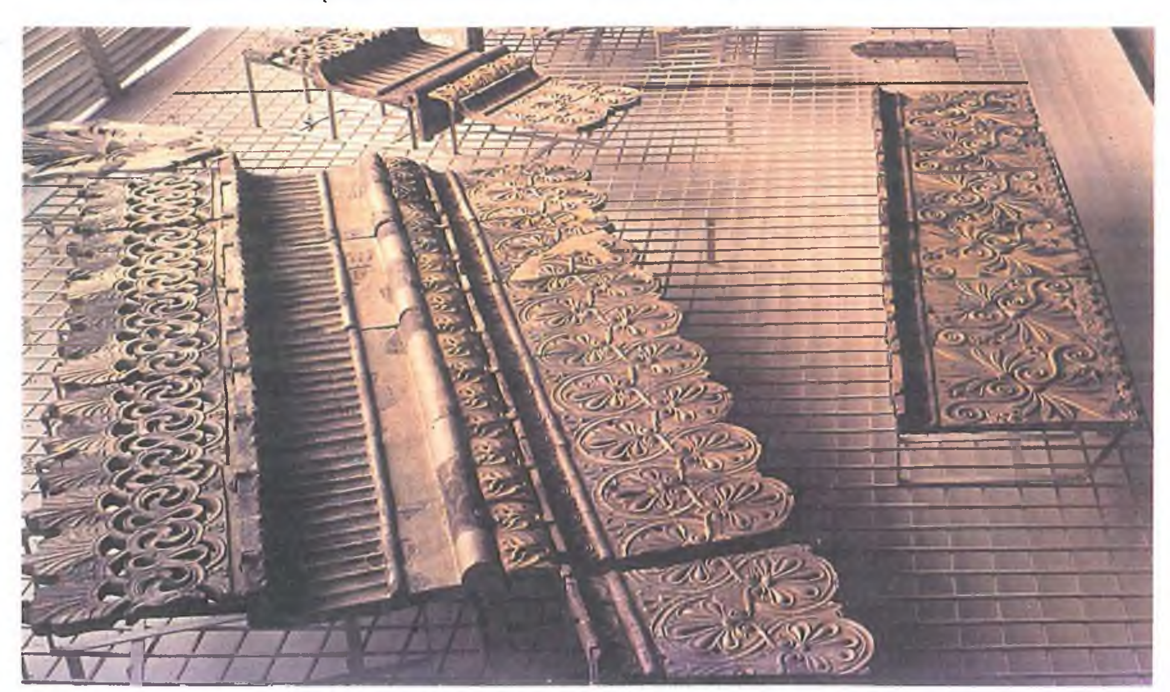
Por lo que respecta al comercio interno, éste se articula sobre todo a partir de los valles fluviales, bien en sentido transversal, a través de los cuales se alcanzaba el interior desde la costa, bien en sentido longitudinal. En este último caso, el eje fundamental de las comunicaciones estaba constituido por el río Tíber y por algunos de sus afluentes, que ponían en rápida relación amplísimas zonas de la Etruria interna, así como del país de los umbros y de los sabinos, con el mar. Precisamente Roma se beneficiaba de este comercio asegurándose, por medio del transporte fluvial, el grano procedente del interior de Etruria en épocas de carestía.

Los productos objeto de comercio eran para los etruscos en un princpio tan sólo aquéllos procedentes de la explotación de sus recursos naturales, es decir los metales y los excedentes de su producción agrícola, fundamentalmente el cereal y el vino. A ello se añadió en un segundo momento, cuando la tecnología etrusca se colocó a la altura de las más desarrolladas del Mediterráneo, productos manufacturados salidos de sus propios talleres, como los metalúrgicos (bronces) y cerámicos (bucchero). A cambio los etruscos recibían sobre todo bienes de prestigio, de fabricación griega y oriental, como cerámica, manufacturas metálicas, marfiles, vino, perfumes, etc., aunque también se encuentran, y no en escasa cantidad, objetos de un nivel medio con una mayor accesibilidad en los mercados locales.

Todos estos productos accedían a Etruria a través de unos puntos concretos, de puertos marítimos que, como ya hemos visto en varias ocasiones, asumen en su funcionamiento el modelo de los *empória* griegos. Tales puntos no estaban situados en los centros urbanos, sino alejados de ellos unos kilómetros, de manera que gozaban de un estatuto privilegiado que garantizaba la libertad y actividad de sus residentes, consentido por la autoridad política a cambio de asegurarse la redistribución de los produc-

tos por el interior del país. El carácter de centro internacional viene confirmado por el ambiente religioso, construyéndose templos dedicados a divinidades «empóricas» con características similares a las de otros muchos centros comerciales del Mediterráneo, divinidades que por otra parte garantizaban en última instancia la libre existencia y la dedicación de sus pobladores. Pyrgi, Gravisca y Regisvilla en el Tirreno y Adria y Spina en el Adriático fueron destacados *empória* en los siglos VI y V a.C., fiel reflejo de la internacionalidad de tales puntos y del importante papel del comercio etrusco: ejemplo característico y singular lo constituye sin duda aquél Sostratos de Egina, calificado por Heródoto como comerciante de inmensas riquezas y que dedicó en el santuario de Gravisca un ancla al dios Apolo.

Pero además de esta actividad comercial, tales puertos añaden a sus funciones una importantísima de aculturación, ya que a través suyo se introdujeron no sólo objetos comerciables, sino también un conjunto de nuevos elementos que determinaron en gran medida el posterior desarrollo económico, social e ideológico de las ciudades etruscas. Así en el siglo VII, coincidiendo con la mayor intensidad del comercio corintio, se introducen nuevas tecnologías concretadas en la leyenda de Demarato y en los préstamos lingüísticos dóricos; en el siglo siguiente, con el comercio greco-oriental, se pueden descubrir diferentes influencias en los estratos aristocráticos, que asumen un estilo de vida similar al de sus homólogos de Asia Menor; en el mundo religioso, con la introducción de nuevas prácticas e iconografías, y en la vida económica y social, con el nuevo asentamiento de especialistas griegos —consecuencia esta vez de la diáspora producida tras la conquista persa de la costa oriental del Egeo—, se completa el riquísimo mundo de la helenización de Etruria.



Elementos decorativos de un templo etrusco. (Museo de Villa Giulia. Roma)

Cronología

1800	Cultura apenínica.
1200	Cultura protovillanoviana.
900	Cultura villanoviana.
770	Pithekoussai.
750	Cumas.
730	Cultura orientalizante.
700	Primeras inscripciones etruscas.
616	Tarquinio Prisco, rey de Roma.
600	Expansión etrusca en Campania.
580	Vibenna y Mastarna.
550	Expansión etrusca en el valle del Po.
545	Batalla de Alalia.
509	Expedición de Porsenna contra Roma.
500	Thefarie Velianas dirigente de Caere.
485-474	Primera guerra romano-veyense.
474	Batalla de Cumas.

454	Expedición siracusana contra Etruria.
438-425	Segunda guerra romano-veyense.
423	Conquista de Capua por los samnitas.
406-396	Tercera guerra romano-veyense. Conquista de Veyes.
386	*Hospitium publicum* a Caere.
383	Ataque de Dionisio contra Pyrgi.
358-351	Guerra romano-tarquiniense.
295	Victoria romana en Sentinum.
294	Conquista de Rusellae.
283	Victoria romana en el lago Vadimón.
265	Conquista de Volsinii.

Bibliografía

1. Obras de carácter general

Banti, L.: *Il mondo degli Etruschi,* Roma, 1969.

Bloch, R.: *Les Étrusques,* París, 1968.

Cristofani, M. (ed.): *Civiltà degli Etruschi,* Milán-Florencia, 1985.

Dizionario della civiltà etrusca, Florencia, 1985.

Heurgon, J.: *Vie quotidienne des Étrusques,* París, 1961.

Hus, A.: *Les Étrusques et leur destin,* París, 1980.

Gli Etruschi. Una nuova immagine, Florencia, 1984.

Pallottino, M.: *Etruscologia,* Milán, 1984.

Scullard, H.H.: *The Etruscan Cities and Rome,* Londres, 1967.

2. Prehistoria de Etruria

Hencken, H.: *Tarquinia. Villanovans and Early Etruscans,* Cambridge (Mass.), 1968.

Östenberg, C.E.: *Luni sul Mignone e problemi della preistoria d'Italia,* Lund, 1967.

Peroni, R.: *L'età del bronzo nella penisola italiana,* Florencia, 1971.

Puglisi, S.: *La civiltà appenninica,* Florencia, 1959.

Zuffa, M.: «La civiltà villanoviana», en *Popoli e civiltà dell'Italia antica,* Roma, vol. V, 1980, 197-363.

3. Historia

Bonfante, L.: *Out of the Etruria. Etruscan Influence North and South,* Oxford, 1981.

Cristofani, M.: *Gli Etruschi del mare,* Milán, 1983.

Grant, M.: *The Etruscans,* Londres, 1980.

Harris, W.V.: *Rome in Etruria and Umbria,* Oxford, 1971.

Hus, A.: *Les siècles d'or de l'histoire étrusque (675-475 avant J.C.),* Bruselas, 1976.

Ientile, M.G.: *La pirateria tirrenica,* Roma, 1983.

Pfiffig, A.J.: *Die Ausbreitung des römischen Städtewesens in Etrurien,* Florencia, 1966.

Torelli, M.: *Elogia Tarquiniensia,* Florencia, 1975.

Storia degli Etruschi, Bari, 1981.

4. Ciudades y urbanismo

La città etrusca e italica preromana, Bolonia, 1970.

Cristofani, M.: *Città e campagna nell'Etruria settentrionale,* Novara, 1976.

Potter, T.W.: *The Changing Landscapes of South Etruria,* Nueva York, 1979.

Steingräber, S.: *Etrurien: Städte, Heiligtümer, Nekropolen,* Múnich, 1981.

5. Política y sociedad

Ampolo, C.: «Demarato. Osservazioni su-

lla mobiltà sociale arcaica». *DdA*, IX-X, 1976-77, 333-345.

Camporeale, G.: «Sull'organizzazione statuale degli Etruschi», *PdP*, XIII, 1958, 5-25.

Colonna, G.: «Nome gentilizio e società», *SE*, XLV, 1977, 175-192.

Heurgon, J.: «Classes et ordres chez les Étrusques», en *Recherches sur les structures sociales*, París, 1970, 29-41.

«L'état étrusque», *Historia*, VI, 1957, 63-97.

Lambrechts, R., *Essai sur les magistratures des républiques étrusques*, Bruselas, 1959.

Liou, B.: *Praetores Etruriae XV populorum*, Bruselas, 1969.

Rix, H.,: *Das etruskische Cognomen*, Wiesbaden, 1963.

Torelli, M.: «Tre studi di storia etrusca», *DdA*, VIII, 1974-75, 3-78.

6. Economía

Camporeale, G. (ed): *L'Etruria mineraria*, Milán-Florencia, 1985.

I commerci di Vetulonia in età orientalizzante, Florencia, 1959.

Contributi introduttivi allo studio della numismatica etrusca, Roma, 1976.

Cristofani, M.: *L'arte degli Etruschi. Produzione e consumo*, Turín, 1978.

L'Etruria mineraria, Florencia, 1981.

Gras, M.: *Trafics tyrrheniens archaïques*, Roma, 1985.

7. Lengua y epigrafía

Corpus Inscriptionum Etruscarum (CIE), Berlín, 1893 y siguientes (continúa su publicación, ahora en Florencia).

De Simone, C.: *Die griechischen Entlehnungen im Etruskischen*, Wiesbaden, 1968-70.

Pallottino, M.: *La langue étrusque*, París, 1979.

Testimonia Linguae Etruscae (TLE), Florencia, 1968.

Pallottino, M. y Pandolfini, M.: *Thesaurus linguae etruscae (ThLE)*, Roma, 1978-84.

Pfiffig, A.J.: *Die etruskische Sprache*, Graz, 1969.

